

CIP - Historia Chilena

Los comunismos en América Latina : recepciones y militancias (1948-1991) / Santiago Aránguiz Pinto, Patricio Herrera González editores.

Incluye notas bibliográficas.

1.- Comunismo – América Latina. I.- Aránguiz Pinto, Santiago, 1978-, ed. II.- Herrera González, Patricio, ed.

CDD 23
335.43098

2023

RCA2

La presente obra ha sido sometida a una evaluación por pares ciegos para su publicación.

© Historia Chilena
© Universidad San Sebastián
© Los editores

<http://www.historiachilena.cl>

Todos los derechos reservados

Primera edición, diciembre de 2023
1.000 ejemplares

ISBN Obra completa tapa dura 978-956-9080-41-8
ISBN Obra completa tapa blanda 978-956-9080-38-8

ISBN Volumen IV tapa dura 978-956-9080-79-1
ISBN Volumen IV tapa blanda 978-956-9080-77-7

Registro de Propiedad Intelectual N° 2023-A-12372

Diseño de portada: Elena Manríquez

Impreso en Andros
Hecho en Chile/Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna por ningún medio sin permiso previo del editor.

LOS COMUNISMOS EN AMÉRICA LATINA. RECEPCIONES Y MILITANCIAS (1948-1991)

VOLUMEN IV

Santiago Aránguiz Pinto
Patricio Herrera González
Editores



SANTIAGO
2023

CAMARADAS, AMIGOS Y PAREJAS. LA VIDA SOCIAL Y AFECTIVA DE LOS JÓVENES COMUNISTAS CHILENOS (1959-1973)*

Alfonso Salgado Muñoz
Columbia University

“B.D.Q.C.”, un joven comunista de “15 [años] y medio” de la ciudad de Santiago, debe haberse sentido bastante especial esa noche de Año Nuevo. Durante la fiesta, que despedía 1972 y le daba la bienvenida a 1973, había besado a una hermosa comunista de 17 años, cuya belleza era motivo de comentarios y objeto de admiración entre los jóvenes que frecuentaban la sede de las Juventudes Comunistas de Chile (JJCC) de su barrio, o “Jota”, como se conoce coloquialmente a la rama juvenil del Partido Comunista de Chile (PCCh). Nunca había estado en una relación con una mujer mayor. Y aunque había “pololeado mil veces y atracado otras mil”, nunca antes se había enamorado, como ocurrió en esta ocasión. “Estuve pololeando apenas 13 días con ella. Terminamos, pero cada día que pasa, la quiero más y más”, les confesó a los editores de la revista de las JJCC en una carta, escrita unos días después del quiebre amoroso. Que la hermosa joven de la cual se había enamorado no hubiese permanecido soltera por mucho tiempo había tornado aún más trágica su situación. “Ella ahora pololea con otro gallo de la Jota. Cada día que pasa tengo más celos de él y de todos los que le hablan, pues, aunque no tengo nada que ver con ella, sueño que aún sigo y tengo la esperanza de volver junto a ella”. El hecho de que nuestro bisoño protagonista, la mujer de sus sueños y el galán que se la había arrebatado frecuentaran la sede de las JJCC era motivo de esperanza y a la vez de aflicción. “Pierdo toda

* Este capítulo es una traducción al español, con ligeras modificaciones, de Alfonso Salgado, “Making Friends and Making Out: The Social and Romantic Lives of Young Communists in Chile (1958-1973)”, *The Americas*, vol. 76, N° 2 (Philadelphia, April 2019), pp. 299-326. El artículo se reproduce en este libro con el permiso de Cambridge University Press.

la tarde en el local esperando que ella llegue y saludarla para gozar visualmente. Pienso cada minuto en ella, mientras ella tiene mil cosas en qué pensar y yo solo una”.¹

Este capítulo se pregunta por la vida social y afectiva de los miembros de las JJCC, jóvenes como el autor de la carta citada. Abarca el periodo que se ha dado en llamar los “largos años sesenta”, que va de 1958 a 1973, y que, por conveniencia, acá llamaremos simplemente los “sesenta”.² Las JJCC tuvieron gran relevancia pública durante el periodo, especialmente durante los años 1968-1973. Bajo la dirección de Mario Zamorano (1960-1965), primero, y Gladys Marín (1965-1973), después, las JJCC dejaron de ser una pequeña organización de cuadros y se transformaron en una impresionante organización de masas, en la que reconocían filas alrededor de ochenta mil militantes. El crecimiento fue sostenido a lo largo de la década de 1960 y exponencial una vez que Salvador Allende se convirtió en Presidente de la República, en 1970, siendo este aumento particularmente sorpresivo entre las mujeres, en general, y los hombres y mujeres de clase media, en particular, sectores sociales en los que antes habían tenido poca llegada los comunistas, que tradicionalmente habían reclutado miembros varones, en fábricas, sindicatos y barrios obreros.³ Al momento del golpe de Estado de 1973, las JJCC era una organización de masas, socialmente diversa, que no solo publicaba una revista, *Ramona*, sino

¹ “El amor a los quince y medio”, *Ramona*, N° 73, Santiago, 20 de marzo de 1973, p. 34.

² Sobre el concepto y la periodización de los largos años sesenta, véase Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974* (New York, Oxford University Press, 1998), pp. 6-7. Para simplificar, hablaremos de los “sesenta” para englobar todo el periodo y de la “década de 1960” para referirnos a la década en términos cronológicos estrictos, es decir, los años que van de 1960 a 1969 inclusive.

³ Según las memorias de Gladys Marín, las JJCC pasaron de cuatrocientos miembros en 1962 a ochenta mil en 1973. Gladys Marín, *La vida es hoy* (Santiago, Editorial Don Bosco, 2002), p. 63. Es difícil confirmar estos guarismos, y hay que reconocer que Marín es una parte interesada en el asunto, pero, de todas maneras, se trató de un crecimiento espectacular. Según las estadísticas publicadas por la JJCC en aquellos años, la organización tenía 21.308 militantes en diciembre 1969, 34.138 en diciembre de 1970 y 57.500 en diciembre de 1971. Véase Carolina Fernández-Niño, “Revista *Ramona* (1971-1973): una revista lola que tomará los temas políticos tangencialmente”, en Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.), *Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2014), p. 128.

tenía su propio sello discográfico, la Discoteca del Cantar Popular o DICAP. Sus dirigentes lideraban las federaciones estudiantiles de las dos universidades públicas del país (Alejandro Rojas de la Universidad de Chile y Osiel Núñez de la Universidad Técnica del Estado) y algunos incluso pertenecían a la Cámara de Diputados (Eliana Aranibar, Orel Viciani y los ya mencionados Marín y Rojas).

El principal objetivo de este capítulo es contribuir a nuestro entendimiento de la politización y radicalización de amplios sectores de la juventud chilena durante los sesenta, fenómenos especialmente notorios a partir de 1968. Esto lo hago redirigiendo la atención de los académicos desde los aspectos estrictamente políticos del activismo juvenil de izquierdas hacia la agitada vida social y afectiva que, sostengo, era parte integral de dicho activismo. Los estudiosos han tendido a subrayar la importancia de la ideología al explicar la radicalización de los jóvenes de la época, pero en este capítulo demuestro que la ideología comunista estaba inmersa y se transmitía a través de una rica red de relaciones sociales e interpersonales, que eran las que le daban sentido y relevancia. Mi invitación es a pensar las esferas del pensamiento y de las emociones de manera conjunta, y mi argumento, en términos más concretos, es que la capacidad de convocatoria y movilización de las JJCC no puede entenderse de no prestársele la debida atención a los sentimientos de amistad y amor.

El capítulo está dividido en cuatro secciones o apartados. La primera sección está pensada como un estudio de caso de la sociabilidad de los jóvenes comunistas y se enfoca en la vida social y afectiva de estos jóvenes al interior de las sedes partidarias, donde jóvenes de ambos sexos interactuaban con escasa, y a veces nula, supervisión de adultos. Demuestra que la retórica de camaradería y compañerismo comunista estaba enraizada en una serie de prácticas sociales –compartir una taza de té o café, jugar taca-taca, ping-pong o pool, bailar juntos– que hacían de la promesa de pertenencia y comunidad una realidad palpable para los hombres y mujeres que frecuentaban dichas sedes. Las siguientes tres secciones ponen el lente en el amor e indagan en la vida romántica de los jóvenes comunistas. El amor era un elemento crucial de la experiencia juvenil, incluida la de los jóvenes comunistas. El amor se anhelaba y vivía intensamente, fuese o no retribuido,

como nos lo sugiere la carta citada al comienzo. La mayor parte de los jóvenes comunistas anhelaban una relación romántica que fuese profunda y plena, de preferencia con un compañero o compañera que compartiera sus mismas aspiraciones vitales y políticas. Mientras que los militantes de generaciones previas habían tendido a emparejarse y casarse con personas que no pertenecían al partido y que a veces no compartían siquiera sus ideas políticas, el amor entre camaradas se transformó en la vara con la que se medía el compromiso político del militante en los sesenta. Una proporción no menor de jóvenes comunistas –quizás uno de cada tres– se casó con miembros de la misma organización, y una proporción igualmente significativa se casó con simpatizantes comunistas, miembros de otros partidos de izquierda o personas de izquierda sin vínculos partidarios. La endogamia era mayor en los círculos dirigentes de las JJCC, pero la idea del amor entre camaradas permeaba la organización en su conjunto.⁴

Varias transformaciones ayudan a explicar el incremento de la endogamia entre los comunistas. En primer lugar, la cantidad de mujeres comunistas, especialmente de adolescentes y mujeres jóvenes, aumentó de manera significativa en los sesenta.⁵ La militancia comunista seguía siendo predominantemente masculina y de extracción obrera, pero la popularidad del comunismo y la diversificación de los espacios de reclutamiento terminó por hacer de las JJCC una organización relativamente heterogénea, donde confluían hombres y mujeres de diferentes clases sociales.⁶ Esto hizo más fácil que los

⁴ Estas estimaciones, ciertamente tentativas, son mías. Se basan en entrevistas realizadas en el curso de mi investigación doctoral y en entrevistas realizadas por otros investigadores disponibles en repositorios públicos, como las del Centro de Documentación, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (en adelante CEDOC-MMDH) y la Colección Archivo Oral de Villa Grimaldi, Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi (en adelante CAOVC-CPPVG). Para un análisis de los patrones de emparejamiento de generaciones previas, véase Alfonso Salgado, “Exemplary Comrades: The Public and Private Life of Communists in Twentieth-Century Chile”, Tesis Doctoral (Columbia University, 2016), pp. 76-77.

⁵ Véase, por ejemplo, *El Siglo*, “Este es el Partido que hay que fortalecer más todavía”, 29 de junio de 1969, p. 9; *Ahora*, “Mujeres PC a toda máquina”, 1 de junio de 1971, pp. 14-15 y *El Siglo*, “La muchacha comunista: combatiente ejemplar”, 4 de marzo de 1973.

⁶ Sobre la composición social de las JJCC y del PCCh en estos años, véase Rolando Álvarez, *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de*

hombres comunistas se emparejaron dentro de los marcos orgánicos de las JJCC o del PCCh. En segundo lugar, las JJCC se aproximaron a la juventud de una manera distinta y desarrollaron una visión novedosa del activismo juvenil, que contribuyó indirectamente al aumento en el número de romances. Los dirigentes de las JJCC se esforzaron por adaptar la organización a los nuevos tiempos, organizando una panoplia de actividades sociales, culturales y recreativas –desde festivales de música hasta fiestas bailables– para atraer a un mayor número de jóvenes, creando un ambiente que facilitaba las interacciones y romances entre miembros de la organización. Las actividades más emblemáticas de estos años –salir a rayar murales en la noche, marchar de una ciudad a otra, participar en trabajos voluntarios lejos del hogar– indudablemente se prestaban para el romance.⁷ En tercer lugar, el amor romántico tenía un lugar destacado en las representaciones de la sociedad y en los corazones de los jóvenes chilenos de aquel entonces. Como documentó una pareja de sociólogos extranjeros radicados en el país, los jóvenes chilenos depositaban mucha esperanza en el amor y tenían una visión bastante idealizada de este. Para estos jóvenes, “el amor se confunde

Chile entre democracia y dictadura, 1965-1990 (Santiago, LOM, 2011), pp. 29-77; Enzo Faletto, “Algunas características de la base social del Partido Socialista y del Partido Comunista, 1958-1973”, Documento de Trabajo Programa FLACSO 97 (septiembre de 1980); Carolina Fernández-Niño, “‘Y tú, mujer, junto al trabajador’. La militancia femenina en el Partido Comunista de Chile”, *Izquierdas*, vol. 2, N° 3 (Santiago, abril de 2009); y Carmelo Furci, *El Partido Comunista de Chile y la Vía Chilena al Socialismo* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2008), pp. 149-205.

⁷ Véase, por ejemplo, Manuel Loyola, “‘Aire de primavera baña nuestra patria’: Cancioneros jotosos a inicios de los años ‘60’ y Fernández-Niño, “Revista *Ramona*”, ambos en Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.), *Un trébol de cuatro hojas*, pp. 74-90 y 126-143, respectivamente. La historiografía de otros países de la región ha hecho una contribución enorme a nuestra comprensión de estos fenómenos al analizar la relación entre política comunista y cultura popular, demostrando, entre otras cosas, que las organizaciones juveniles comunistas hicieron uso estratégico de los medios de masa y dialogaron de manera más o menos fructífera, pese a los conflictos, con las corrientes contraculturales de la época. Véase, por ejemplo, Gerardo Leibner, *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay* (Montevideo, Ediciones Trilce, 2011), pp. 300-327; y Vania Markarian, “To the Beat of ‘The Walrus’: Uruguayan Communists and Youth Culture in the Global Sixties”, *The Americas*, vol. 70, N° 3 (Philadelphia, January 2014), pp. 363-392.

con la búsqueda de la felicidad y de la plenitud”.⁸ En el caso de los jóvenes comunistas, en particular, esta búsqueda de la plenitud a través del amor se entroncaba con ideas de talante político, que los estimulaban a emparejarse con personas que compartían la misma visión de mundo. Los que eran más políticamente comprometidos no solo anhelaban emparejarse con camaradas, sino con camaradas que fuesen conscientes de la importancia que la política tenía en sus vidas y que estuviesen dispuestos a sacrificarse en pos de la causa.

La dirigencia de las JJCC buscó estimular y a la vez regular estos romances. Elaboró una noción del amor entre camaradas que glorificaba el romance entre jóvenes idealistas, que luchaban por cambiar el mundo, pero intentando encauzar el idealismo y la pasión amorosa de la juventud hacia relaciones monógamas y estables. Claves en este proyecto político-cultural fueron los conceptos de “compañero”, “compañera” y “compañerismo”, así como el ideal de una pareja joven, heterosexual, en que tanto la mujer como el hombre estaban comprometidos con su compañero y con la sociedad en general, y por ende dispuestos a hacer sacrificios. Sin lugar a duda, la noción del amor entre camaradas de los sesenta se entroncó y heredó aspectos de nociones de amor y de “moral comunista” elaboradas en décadas previas, algo conservadoras, que ponían el acento en la defensa de la familia nuclear, el resguardo de las jóvenes y la denuncia de los amoríos ilícitos de los varones.⁹ Las dimensiones mojigatas del amor entre camaradas fueron particularmente visibles al discutirse el “amor libre”, un término que adquirió relevancia pública en estos años, asociado al relajamiento de las costumbres sexuales del movimiento

⁸ Armand Mattelart y Michèle Mattelart, *La juventud chilena: rebeldía y conformismo* (Santiago, Editorial Universitaria, 1970), pp. 326-327.

⁹ Me estoy basando, principalmente, en Karin Roseblatt, *Gendered Compromises: Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000), pp. 185-230; y Alfonso Salgado, “Exemplary Comrades”, pp. 26-68. Para una visión más global de estas ideas, y de la noción de “moral comunista” en particular, véase, Edward Cohn, “Sex and the Married Communist: Family Troubles, Marital Infidelity, and Party Discipline in the Postwar USSR, 1945-1964”, *Russian Review*, vol. 68, N° 3 (Lawrence, July 2009), pp. 429-450; Deborah Field, *Private Life and Communist Morality in Khrushchev’s Russia* (New York, Peter Lang, 2007); y David Hoffmann, *Stalinist Values: The Cultural Norms of Soviet Modernity, 1917-1941* (Ithaca, Cornell University Press, 2003), pp. 57-117.

hippie y otros estilos de vida contraculturales. Pero la visión del amor promovida por la dirigencia de las JJCC de los sesenta difería bastante de la de décadas anteriores, incluso en lo que dice relación con la sexualidad. Los desarrollos más notables a este respecto fueron el sutil desplazamiento de la forma en que se debatía el tema del sexo, que pareció transitar de la contención al placer, y la gradual desvinculación de la idea de virtud femenina de aquella de virginidad. Ahora bien, huelga advertir que el significado del compañerismo y del amor entre camaradas fue siempre flexible, y que incluso en sus formulaciones más explícitas contenía contradicciones que se prestaban a interpretaciones divergentes, con incongruencias y desacuerdos que tendían a coincidir con los ejes de género y generación. He profundizado en las discrepancias entre los dirigentes del PCCh y de las JJCC en otro texto, abordando algunos de estos aspectos.¹⁰ Aquí presto cierta atención a discusiones entre miembros de las JJCC de distintas edades, y a la manera en que el género ayuda a explicar estas y otras discusiones.

La visión de la dirigencia comunista no reflejaba fielmente la realidad, y no debemos confundir las descripciones idealizadas del amor entre camaradas de la prensa partidaria con las relaciones concretas entre hombres y mujeres, que no siempre eran armoniosas y estaban lejos de ser igualitarias. Hay que reconocer que lo que hoy día llamaríamos “igualdad de género” era parte del *ethos* comunista, obviamente a través de conceptos distintos, propios de la época, como el de “emancipación femenina”, que experimentó una suerte de resurrección durante esos años. La designación de Gladys Marín como Secretaria General de las JJCC debe entenderse como un intento por parte de la dirigencia del PCCh de reafirmar y darle visibilidad a su compromiso con estos principios igualitarios. Se trató sin duda de un gesto elocuente: Marín fue la primera mujer en liderar una organización política juvenil en el país. Pero no debemos perder de

¹⁰ Alfonso Salgado, “‘A Small Revolution’: Family, Sex, and the Communist Youth of Chile during the Allende Years (1970-1973)”, *Twentieth Century Communism*, vol. 8 (London, Spring 2015), pp. 62-88. Para una traducción al español, véase Alfonso Salgado, “Una pequeña revolución: Las Juventudes Comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular”, en Rolando Álvarez y Manuel Loyola (eds.), *Un trébol de cuatro hojas*, pp. 144-169.

vista el hecho de que su caso era una anomalía y no la regla. En 1966, por ejemplo, el Comité Central encabezado por Marín se componía de 45 miembros, solo ocho de los cuales eran mujeres, incluyéndola a ella.¹¹ Las jóvenes tendían a concentrarse en los escalones más bajos de la jerarquía partidaria, y su limitado acceso a los espacios de poder y toma de decisión hizo imposible que estas desafiaran el contrato sexual patriarcal, ya fuese en el hogar o en el partido. Como demuestra este capítulo, el comunismo efectivamente promovió la participación de las mujeres en los asuntos públicos, pero hizo poco por alterar las relaciones entre hombres y mujeres al interior del hogar. La noción de amor entre camaradas proveía escasa guía en lo que decía relación, por ejemplo, con la distribución de las tareas domésticas. Y, lamentablemente para las mujeres, su énfasis en el sacrificio en pos de la revolución estimulaba el activismo político de los hombres y justificaba su ausencia del hogar, en un grado inusualmente alto. Por ende, las tareas domésticas y la crianza de los hijos terminaron siendo trabajos esencialmente femeninos.¹²

El crecimiento de las JJCC durante los sesenta tuvo lugar en un contexto de creciente radicalización y fragmentación política. Partidos y movimientos nuevos, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (1965), el Movimiento de Acción Popular Unitario (1969) y la Izquierda Cristiana (1971), desafiaron la hegemonía de comunistas y socialistas entre los jóvenes de izquierda. Una serie de estudios sugieren que estas organizaciones políticas se beneficiaron del rico tejido social de aquel entonces, reclutando seguidores en

¹¹ *El Siglo*, "El nuevo Comité Central de las JJCC", Santiago, 14 de febrero de 1966, p. 4.

¹² Sobre la resiliencia y adaptación del contrato sexual patriarcal en América Latina a lo largo del siglo XX, véase Susan Besse, *Restructuring Patriarchy: The Modernization of Gender Inequality in Brazil, 1914-1940* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1996); Ann Farnsworth-Alvear, *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men, and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960* (Durham, Duke University Press, 2000); Thomas Klubock, *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951* (Durham, Duke University Press, 1998); Karin Roseblatt, *Gendered Compromises*; Heidi Tinsman, *Partners in Conflict: The Politics of Gender, Sexuality, and Labor in the Chilean Agrarian Reform, 1950-1973* (Durham, Duke University Press, 2002); y Mary Kay Vaughan, "Modernizing Patriarchy: State Policies, Rural Households, and Women in Mexico, 1930-1940", en Elizabeth Dore y Maxine Molyneux (eds.), *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America* (Durham, Duke University Press, 2000), pp. 194-214.

federaciones estudiantiles y asociaciones juveniles, y promoviendo distintas visiones de juventud y activismo para granjearse el apoyo de los jóvenes.¹³ El proselitismo juvenil no estuvo limitado a la izquierda. La señora Juventud Radical de Chile, que defendía un proyecto secular de centro, también tenía presencia en ciertos colegios y campus universitarios, aunque su capacidad de convocatoria tendió a disminuir y forzó a la organización a girar a la izquierda. Algo más exitosa fue la Juventud Demócrata Cristiana, que defendía un proyecto de centro arraigado en una visión comunitaria de talante religioso, y que, pese a perder la hegemonía de algunas federaciones universitarias, experimentó una expansión significativa en la educación secundaria y se vinculó de manera más o menos exitosa a parroquias locales, la Acción Católica y la Juventud Obrera Cristiana. La expansión de las organizaciones de izquierda y de la rama juvenil de la Democracia Cristiana le planteó un desafío a la derecha chilena, que sufrió su propia metamorfosis. Tras la desaparición de los partidos liberal y conservador, el Partido Nacional y su rama juvenil, la Juventud Nacional, se esforzaron por expandir su influencia en colegios y universidades, aunque sus logros se concentraron en los sectores medios y alto. En cierto sentido, el crecimiento de la izquierda radicalizó y revigorizó a los jóvenes de derecha, como parecen demostrarlo el surgimiento del Movimiento Gremialista (1967) en el ámbito universitario y el terrorista Frente Nacionalista Patria y Libertad (1971).¹⁴ Jóvenes militantes de todo el espectro político compitieron en diversos espacios y asociaciones sociales por granjearse las simpatías de la juventud chilena. Algunos

¹³ Véase, por ejemplo, Brenda Elsey, *Citizens and Sportsmen: Fútbol & Politics in 20th Century Chile* (Austin, University of Texas Press, 2011), pp. 165-241; Yanko González, “‘Sumar y no ser sumados’. Culturas juveniles revolucionarias. Mayo de 1968 y diversificación identitaria en Chile”, *Alpha*, vol. 30 (Osorno, 2010), pp. 111-128; Florencia Mallon, “Barbudos, Warriors, and Rotos: The MIR, Masculinity, and Power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-1974”, en Matthew Gutmann (ed.), *Changing Men and Masculinities in Latin America* (Durham, Duke University Press, 2003), pp. 179-215; y Cristina Moyano, *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido mito de nuestra transición (1969-1973)* (Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009).

¹⁴ José Díaz Nieva, *Patria y Libertad. El nacionalismo frente a la Unidad Popular* (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2015); Víctor Muñoz, *Historia de la UDI. Generaciones y cultura política (1973-2013)* (Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2017), pp. 66-84.

jóvenes intentaron forjarse espacios autónomos, impermeables a la convulsión política de los sesenta, pero incluso aquello resultó ser difícil.¹⁵

Aunque este capítulo se centra en las JJCC, el estudio tiene implicancias historiográficas más extendidas, que invitan a mirar con nuevos ojos el auge del activismo juvenil en los sesenta, un período caracterizado por transformaciones culturales y movilización sociales, tanto en Chile como en el extranjero. La juventud se convirtió en una idea y en una categoría relevante en la discusión pública durante estos años, en parte porque un número significativo de jóvenes participaron en movimientos sociales, políticos y culturales. Las JJCC fueron muy exitosas en adaptarse al espíritu de los tiempos y en reclutar y movilizar a los jóvenes, pero su caso debe considerarse emblemático antes que excepcional. Organizaciones de izquierda de todo el mundo –reconociesen filas en los movimientos de lo que se dio en llamar la “nueva izquierda” o en los partidos de la denostada izquierda tradicional u ortodoxa– aprendieron unas de otras, e imitaron aquello que parecía funcionar. En América Latina, en particular, estas organizaciones experimentaron y desarrollaron nuevas prácticas políticas para conquistar a los jóvenes en el contexto de un diálogo transnacional que tenía en Cuba su principal fuente de inspiración.¹⁶

¹⁵ En su libro sobre el movimiento hippie en el país, por ejemplo, Patrick Barr-Melej demuestra que tanto la izquierda como la derecha denunciaron verbalmente y, ocasionalmente, atacaron físicamente a los jóvenes que reconocían filas en este movimiento. Patrick Barr-Melej, *Psychedelic Chile: Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2017), pp. 120-172.

¹⁶ La literatura sobre los sesenta se ha visto enriquecida por el interés creciente en la historia reciente, la memoria y los estudios globales. Algunos de las obras más influyentes son Arthur Marwick, *The Sixties*; Max Elbaum, *Revolution in the Air: Sixties Radicals Turn to Lenin, Mao and Che* (New York, Verso, 2006); Anne Gorsuch y Diane Koenker (eds.), *The Socialist Sixties: Crossing Borders in the Second World* (Bloomington, Indiana University Press, 2013); y Jeremi Suri, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente* (Cambridge, Harvard University Press, 2003). Contribuciones importantes de latinoamericanistas a estos debates pueden encontrarse en Jeffrey Gould, “Solidarity under Siege: The Latin American Left, 1968”, *American Historical Review*, vol. 114, N° 2 (Bloomington, April 2009), pp. 348-375; Victoria Langland, *Speaking of Flowers: Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil* (Durham, Duke University Press, 2013); Valeria Manzano, *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla* (Chapel Hill, University of

Una atención excesiva a los debates y desacuerdos doctrinarios ha llevado a que la literatura sobre la izquierda y el activismo juvenil de los sesenta haya tendido a pasar por alto el hecho de que, a pesar de las diferencias ideológicas, los jóvenes rebeldes de la época compartían lo que una historiadora ha llamado “un marco intelectual-afectivo”, que los predisponía a desarrollar una “subjetividad libidinosa, crítica y orientada a la búsqueda de la libertad”.¹⁷ Las organizaciones de izquierda que buscaron granjearse adeptos entre los jóvenes tomaron distintas posiciones en una gran variedad de asuntos, incluyendo la amistad y el amor, pero todas ellas se beneficiaron de un *ethos* epocal que definía lo personal en relación con lo político. Los hombres y mujeres jóvenes de aquellos años, especialmente aquellos que reconocían filas en la izquierda, entendían sus decisiones personales como inextricablemente vinculadas a sus visiones de mundo, incluso aquellas que decían relación con la amistad y el amor. Tal vez más que en cualquier otro período, los sesenta fueron testigos de la fusión de los compromisos públicos y privados, o al menos de la expectativa de cierta coherencia entre ambas esferas.¹⁸

Este capítulo invita a un mayor diálogo entre quienes estudian la política y quienes estudian las emociones.¹⁹ Para entender de mejor

North Carolina Press, 2014); Aldo Marchesi, *Latin America's Radical Left: Rebellion and Cold War in the Global 1960s* (Cambridge, Cambridge University Press, 2017); Jaime Pensado, *Rebel Mexico: Student Unrest and Authoritarian Political Culture during the Long Sixties* (Stanford, Stanford University Press, 2013); Mary Kay Vaughan, *Portrait of a Young Painter: Pepe Zúñiga and México City's Rebel Generation* (Durham, Duke University Press, 2014); y Eric Zolov, “Introduction: Latin America in the Global Sixties”, *The Americas*, vol. 70, N° 3 (Philadelphia, January 2014), pp. 349-362.

¹⁷ Mary Kay Vaughan, *Portrait of a Young Painter*, pp. 3-5.

¹⁸ Sobre el carácter extendido de algunas ideas entre los jóvenes de izquierda, y los puentes entre la nueva izquierda y la izquierda tradicional, véase Vania Markarian, “Sobre viejas y nuevas izquierdas. Los jóvenes comunistas uruguayos y el movimiento estudiantil de 1968”, *Secuencia*, vol. 81 (Ciudad de México, septiembre-diciembre 2011), pp. 161-186; y Eric Zolov, “Expanding Our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, *A Contracorriente*, vol. 5, N° 2 (Raleigh, Winter 2008), pp. 47-73.

¹⁹ En el transcurso de las primeras dos décadas del siglo XXI el estudio histórico de las emociones ha terminado en constituirse en un campo de estudios en sí mismo, aunque huelga señalar que sus orígenes pueden datarse a obras célebres de autores canónicos como Marc Bloch, Lucien Febvre, Johan Huizinga o Norbert Elias en la primera mitad del siglo XX. Peter Gay, *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud* (New

manera el activismo cultural, social y político que caracterizó a los sesenta en cuanto época, debemos atrevernos a pensar conjuntamente la intimidad y la ideología, y desarrollar una perspectiva analítica más atenta a las experiencias afectivas y las identidades personales de los sujetos. Sociólogos y cientistas políticos han liderado esta empresa, reaccionando en parte a una literatura centrada en las teorías de elección racional y de estructuras de oportunidades políticas, no del todo satisfactorias en sus intentos por explicar globalmente la conflictividad social y la contingencia política. Un abultado corpus de trabajos de naturaleza sociológica y politológica ha terminado por demostrar que las emociones juegan un rol crucial en involucrar a los sujetos en los asuntos públicos, y que los movimientos sociales y los partidos políticos se han visto influenciados por emociones de un sinnúmero de formas: activistas sociales y militantes políticos invierten tiempo y esfuerzo en ciertas causas y no en otras porque las consideran emocionalmente gratificantes; acontecimientos de gran carga emotiva, como las protestas sociales, ayudan a crear vínculos de solidaridad entre los participantes, etcétera.²⁰ En los estudios del comunismo,

York, Oxford University Press, 1984-1998), 5 vols., es quizás la obra más impresionante que nos legara la historiografía del siglo pasado. Para hacerse una idea del estado del arte y de los debates actuales entre historiadores, véase Nicole Eustace y otros, "AHR Conversation: The Historical Study of Emotions", *American Historical Review*, vol. 117, N° 5 (Bloomington, December 2012), pp. 1487-1531; y Barbara Rosenwein, *Generations of Feeling: A History of Emotions, 600-1700* (Cambridge, Cambridge University Press, 2016).

²⁰ Véase, por ejemplo, Jeff Goodwin, James Jasper y Francesca Polletta (eds.), *Passionate Politics* (Chicago, University of Chicago Press, 2001); Jeff Goodwin y James Jasper (eds.), *Rethinking Social Movements: Structure, Meaning, and Emotion* (Lanham, Rowman & Littlefield, 2004); Catherine Leclercq y Julie Pagis, "Les incidences biographiques de l'engagement. Socialisations militantes et mobilité sociale", *Sociétés Contemporaines*, vol. 84, N° 4 (París, 2011), pp. 5-23. Los historiadores han tendido a sumarse algo más tarde a esta empresa, pero ya existe una estimulante literatura sobre el tema. Para el caso de Europa, por ejemplo, véase el dossier colectivo sobre las emociones en los movimientos de protesta editado por Joachim Häberlen y Russell Spinney en *Contemporary European History*, vol. 23, N° 4 (Cambridge, November 2014). Los latinoamericanistas han mostrado también cierto interés en estos asuntos, especialmente aquellos que indagan sobre el género y la sexualidad. Véase, por ejemplo, Isabella Cosse, "Militancia, sexualidad y erotismo en la izquierda armada en la Argentina de los años setenta", en Dora Barrancos, Donna Guy y Adriana Valobra (eds.), *Moralidad y comportamientos sexuales (Argentina, 1880-2011)* (Buenos Aires, Editorial Biblos, 2014), pp. 293-320; James Green, "'Who is the Macho Who Wants to Kill Me?' Male Homosexuality, Revolutionary Masculinity, and the Brazilian Armed Struggle of the

en particular, estas ideas han permitido profundizar en la “pasión revolucionaria” y la “entrega psicológica” que habrían caracterizado al comunismo, en las famosas palabras de François Furet, y han influido también en el desarrollo de un nuevo campo de estudios, centrado en el estudio de la “subjetividad comunista”.²¹ Lo que aún se extraña es una mayor atención y comprensión del rol de ciertas emociones específicas, especialmente aquellas vinculadas al amor, la intimidad y la sexualidad. Este capítulo contribuye a esta empresa colectiva al estudiar “como el activismo es mediado e impulsado por energías eróticas (y viceversa)”, por citar a una investigadora del activismo en torno al VIH/sida en Estados Unidos.²² Aquí prestamos atención no solo las energías eróticas que apuntalaron la militancia de los jóvenes comunistas, sino también a los intentos de la dirigencia partidaria por movilizar, instrumentalizar y canalizar esas energías.

Este artículo estudia prácticas y emociones más o menos extendidas entre la militancia juvenil comunista, pero reconoce el rol de

1960s and 1970s”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 92, N° 3 (Durham, August 2012), pp. 437-470; Elizabeth Schwall, “Coordinating Movements: The Politics of Cuban-Mexican Dance Exchanges, 1959-1983”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 97, N° 4 (Durham, November 2017), pp. 681-716; Mary Kay Vaughan, *Portrait of a Young Painter*.

²¹ Sobre la “pasión revolucionaria” y la “entrega psicológica”, véase François Furet, *The Passing of an Illusion: The Idea of Communism in the Twentieth Century* (Chicago, University of Chicago Press, 1999). No comparto del todo el énfasis de Furet en el “odio” como emoción movilizadora y subyacente del comunismo, pero reconozco el aporte de sus reflexiones y su rol pionero en redirigir la atención de los estudiosos del comunismo a la esfera de las emociones. En lo que respecta a los estudios sobre la “subjetividad comunista”, véase James Barrett, “Revolution and Personal Crisis: William Z. Foster, Personal Narrative, and the Subjective in the History of American Communism”, *Labor History*, vol. 43, N° 4 (Abingdon, November 2002), pp. 465-482; Igal Halfin, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial* (Cambridge, Harvard University Press, 2003); Jochen Hellbeck, *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin* (Cambridge, Harvard University Press, 2006); Gina Herrmann, *Written in Red: The Communist Memoir in Spain* (Chicago, University of Illinois Press, 2010); Marc Lazar, “Le Parti et le don de soi”, *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, vol. 60 (París, 1998), pp. 35-52; Claude Pénnetier y Bernard Pudal, “Écrire son autobiographie (les autobiographies d'institution, 1931-1939)”, *Genèses. Sciences sociales et histoire*, Paris, vol. 23 (1996), pp. 53-75; Brigitte Studer, *The Transnational World of the Cominternians* (London, Palgrave Macmillan, 2015).

²² Ann Cvetkovich, *Archive of Feelings: Trauma, Sexuality, and Lesbian Public Cultures* (Durham, Duke University Press, 2003), p. 190.

individuos específicos, que ayudaron a darle forma a estas prácticas y a las nociones de amor reseñadas arriba. Gladys Marín jugó un rol relevante al respecto, pues puso especial atención a la vida social y afectiva de los jóvenes comunistas una vez que se convirtió en Secretaria General de la organización, en 1965. Su perspectiva sobre estos asuntos parece haber estado influida por su educación y su trabajo como profesora normalista, saber hacer profesional que tendía a enfatizar la autodisciplina y que prestaba bastante atención al desarrollo de la personalidad de los educandos.²³ Varios de los miembros del círculo íntimo de Marín, entrevistados por la historiadora Carolina Fernández-Niño, la describen como una dirigente carismática que entendía la relevancia de que los jóvenes interactuaran entre sí y forjaran relaciones sanas. Para ponerlo en las palabras de Crifé Cid, quien conoció a Marín en las JJCC: “Ella siempre estaba porque la juventud fuera alegre, viviera felicidades, no cuestionaba a los jóvenes porque pololeaban sino que por el contrario, los conducía a una situación que fuera justa para ambos”.²⁴ Contradiendo un viejo principio partidario, Marín parece haber estimulado –y no obstaculizado– las relaciones románticas entre cuadros. Marta Friz, una amiga de Marín desde sus años de estudiante de profesora normalista, la describe en la entrevista como una gran “casamentera” y “celestina”, y recuerda: “se le ponía en el mate la idea de que por aquí puede andar esta con este, además, si los dos se unen van a hacer mejor trabajo político”.²⁵ En la entrevista con Fernández-Niño, Friz recordó también la atracción que ella sintió por algunos camaradas, y las conversaciones y chismes que tenía con Marín y otras jóvenes comunistas. Fernández

²³ Sobre la importancia creciente de paradigmas psicológicos y de ideas en torno a la autodisciplina y el desarrollo de la personalidad en el sistema educacional chileno, véase Pablo Toro, “De fortificar la voluntad a desarrollar la personalidad. Cuerpo y emociones en la educación chilena (c.1900-c.1950)”, *Cad. Cedes*, vol. 38, N° 104 (São Paulo, jan.-abr. 2018), pp. 49-62.

²⁴ Entrevista de Carolina Fernández-Niño con Crifé Cid, 15 de enero de 2009. Estoy muy agradecido con Carolina Fernández-Niño por haberme permitido escuchar las entrevistas que realizó en el marco de la investigación de su tesis, “La muchacha se incorpora a la lucha popular. La militancia femenina. Una aproximación a la cultura política del Partido Comunista de Chile, 1965-1973”, Tesis de Licenciatura (Universidad de Santiago de Chile, 2009).

²⁵ Entrevista de Carolina Fernández-Niño con Marta Friz, 30 de enero de 2009.

Niño se rio al enterarse de estos asuntos, pero su entrevistada le hizo notar que, para los hombres y mujeres jóvenes, los sentimientos son un asunto serio.

Sociabilidad juvenil en las sedes partidarias

Las JJCC aprovecharon la oportunidad que les concedía la legalización del comunismo a fines de la década de 1950 y comenzaron a realizar su trabajo político de manera abierta, después de una década de operar en la clandestinidad. En tanto organización que operaba públicamente, las JJCC invirtieron recursos para hacerse de un local o sede nacional. Esta sede estuvo inicialmente localizada en el segundo piso de un edificio que se hacía llamar la “Casa del Pueblo”, en la calle Compañía. Este era el mismo edificio que había utilizado el comando de Salvador Allende para la campaña presidencial de 1958, el cual socialistas y comunistas habían decidido seguir arrendando tras la elección; los socialistas utilizaban el primer piso y los comunistas el segundo. En octubre de 1960, la dirigencia de las JJCC se trasladó al cuarto piso de un edificio ubicado en la calle Monjitas, dentro de la galería Capri. Un año después volvieron a trasladarse, ahora a una casa bastante espaciosa, de dos pisos, en Avenida Matta, que incluía once piezas de oficina y una terraza. La sede nacional de las JJCC estuvo localizada allí por alrededor de nueve años. No fue solo hasta el Gobierno de Allende que la organización se decidió a comprar una propiedad, también bastante espaciosa, en Avenida República. Las sedes mencionadas anteriormente (las de las calles Compañía, Monjitas y República) no eran de propiedad de los comunistas sino que habían sido arrendadas por esta o por el PCCh. La cronología de estas migraciones, el tamaño y ubicación de las sedes, y la naturaleza de los acuerdos contractuales, son, en cierto modo, indicativos del crecimiento orgánico de las JJCC a lo largo del periodo estudiado.²⁶

²⁶ Este párrafo y los siguientes se basan, entre otras fuentes, en Luis Corvalán, *De lo vivido y lo peleado*, pp. 333-334; Carlos Toro, *La guardia muere pero no se rinde... mierda. Memorias de Carlos Toro* (Santiago, Partido Comunista de Chile, 2007), pp. 153-173; Eduardo Labarca, *Vida y lucha de Luis Corvalán* (Ciudad de México,

Si bien en la sede nacional de las JJCC estaban las oficinas de la dirigencia, la organización concibió sus sedes como espacios relativamente abiertos, acogedores, donde los jóvenes podían interactuar informalmente. La dirigencia de las JJCC hizo muchos esfuerzos por darle a sus sedes un carácter “juvenil”, por utilizar una expresión de la época, y por hacerlos atractivos tanto para los miembros como para los simpatizantes. Por regla general, la sede nacional de las JJCC en los sesenta incluía mesas de ping-pong, taca-taca y ajedrez, así como una biblioteca para atraer a la juventud intelectualmente curiosa. En algunas de estas sedes nacionales montaron también una cafetería, donde podían comprar café y sándwiches a precios convenientes quienes habitaban a pasar sus tardes allí y quienes iban de visita. Además, las JJCC utilizaron el espacio para proyectar películas y ofrecer recitales, y la fiesta de Año Nuevo de la Jota se convirtió en una suerte de tradición partidaria, que algunos militantes esperaban con ansias. Es interesante constatar que la sede nacional de las JJCC operó como una suerte de modelo para las sedes locales de la organización, desperdigadas a lo largo del país, y sabemos que varias de ellas lograron conseguirse recursos para comprar una mesa de ping-pong o taca-taca y para armar una pequeña biblioteca, gracias a campañas de recolección de fondos.

Las sedes de las JJCC tendían a ser mucho más abiertas a la comunidad que aquellas del PCCh. La apertura y el carácter juvenil de las sedes de las JJCC incluso provocó algunas controversias entre la vieja y la nueva guardia. Marín recordó en una entrevista, realizada varios años después, que algunos dirigentes del PCCh se habían mostrado poco abiertos a la idea de organizar una peña folklórica en la sede nacional de las JJCC –iniciativa que, dicho sea de paso, terminó siendo bastante exitosa– porque estaban demasiado imbuidos de la mentalidad clandestina de antaño. “Yo irrumpía con cosas que de pronto al Partido podían no parecerles bien. Convertimos los locales

Ediciones de Cultura Popular, 1976), pp. 31-32; Iris Aceitón, *Y todavía no olvido. Crónicas de la U.T.E., Alimentando la memoria* (Santiago, Ceibo Ediciones, 2012), p. 172; *El Siglo*, “Nueva casa inauguran las JJCC”; Santiago, 5 de octubre de 1960, p. 4 y *El Siglo*, “Su nueva sede social inaugurarán los jóvenes comunistas”, Santiago, 19 de octubre de 1961, p. 5.

de la Juventud en peñas. Eso no les parecía bien, porque pensaban que los locales debían ser muy resguardados”.²⁷

La legalización del comunismo y el establecimiento de sedes partidarias a lo largo del país alteró la dinámica entre las JJCC y sus potenciales reclutas. Antes, en los años de persecución y clandestinidad, quienes se interesaban por el comunismo tenían generalmente dificultades a la hora de establecer contactos con militantes activos y por lo general solo se afiliaban a la organización tras ser invitados a hacerlo. Ahora, jóvenes con simpatías de izquierda de distintos lugares y sectores sociales podían acercarse a las sedes de las JJCC y conocer la organización; además, sus peticiones de afiliación eran por lo general bienvenidas. Luisa Sáez, una joven que residía en las afueras de Chillán y que se describía como una muchacha de izquierda, aunque confesaba no saber mucho de política, le escribió a la revista de las JJCC en mayo de 1973 preguntándoles dónde estaba ubicada la sede de Chillán y qué requisitos necesitaba para ingresar a la organización, porque tenía “unas ganas locas de pertenecer a las JJCC”. Los editores de la revista publicaron su pregunta y la respondieron entusiastamente, subrayando que cualquier joven que estuviese del lado de la clase obrera y no desarrollase actividades comunistas podía afiliarse. “Incluso, uno puede ser católico, ya que no es indispensable ser ateo, o suscribir en todos sus puntos el marxismo”.²⁸

Las mismas sedes de las JJCC, con sus amenidades y ambiente juvenil, tenían la capacidad de atraer a los jóvenes e involucrarlos en la organización. Victoria Villagrán, en ese entonces una joven de clase media, que asistía a un colegio católico, confesó haberse interesado en las JJCC por dicha razón, en una entrevista realizada varios años después: “Yo me metí a las Juventudes [Comunistas] porque me llamaba la atención el lugar, que cuando yo pasaba en la micro en esos tiempos, pasaba por la sede de las Juventudes [Comunistas] y siempre había mucha juventud ahí, conversando, en la calle, adentro. Me

²⁷ Gladys Marín, *Gladys Marín. Conversaciones con Claudia Korol* (Buenos Aires, Ediciones América Libre, 2004), p. 38.

²⁸ *Ramona*, “Quiere entrar a la Jota y no sabe cómo”, N° 83, Santiago, 29 de mayo de 1973, p. 34. Véase, además, Patricio Poblete, *La roja cadena de nuestros sueños. A la memoria de Patricio Poblete* (Arica, Ediciones Brigadas de la Memoria Popular y Memoria Amaranto, 2007), p. 88.

acuerdo que me llamaba la atención que, había una ventana, estaban las ventanas abiertas y había una mesa de pool. Mi deseo era jugar pool... Estaba cerca del colegio. Entonces, un día me bajé antes del colegio y fui a mirar". En la sede de las JJCC que había captado su atención estableció relaciones amistosas que la llevaron a participar en actividades sociales y políticas: "Y, claro, me hice amiga de la gente, de la juventud ahí y empecé a asistir a las reuniones". En el transcurso de unos pocos años terminó sumergiéndose en las redes del comunismo, tanto así que pasó al PCCh unos años después y decidió permanecer activa tras el golpe de Estado, motivo por el cual sufrió prisión política, torturas reiteradas y terminó finalmente exiliada.²⁹

Memorias, historias orales y otros testimonios personales demuestran que algunos jóvenes comunistas visitaban con cierta regularidad las sedes locales o la sede nacional de las JJCC. El mártir comunista Manuel Guerrero, brutalmente asesinado en los años de la dictadura, escribió a finales de la década de 1970 que, cuando era adolescente, a inicios de la década de 1960, le gustaba ir a la sede de las JJCC de la calle Monjitas, "sobre todo a quedarme ahí, ya que para mí era el más lindo local de la Jota de aquel tiempo".³⁰ Dos de mis entrevistados, Boris y Jaime, también recordaban haber pasado varias de sus tardes en sedes partidarias. Boris, quien se unió a las JJCC en 1968, cuando era estudiante secundario, vivía a unas pocas cuadras de la sede local de las JJCC en la popular comuna de La Granja. En la entrevista, recordando críticamente esos años, se describió como un "Talibán de la política" en aquel entonces –utilizando este término anacrónico para remarcar su fanatismo– y se quejó de que el tiempo que pasaba en la sede local de las JJCC y en las calles de la comuna, haciendo campaña, rara vez le dejaban tiempo para estudiar o siquiera dormir lo suficiente.³¹ Jaime, un estudiante universitario de extracción obrera que se afilió a las JJCC en 1967, me contó que su vida estudiantil discurría entre los campus de la Universidad de Chile y la sede de

²⁹ Entrevista con Victoria Villagrán, Santiago, septiembre de 2011, CAOVG-CPPVG.

³⁰ Manuel Guerrero, *Desde el túnel. Diario de vida de un detenido desaparecido* (Santiago, LOM, 2008), p. 119. El testimonio de Guerrero fue originalmente escrito en sus años exiliado y publicado en Suecia en 1979, siendo reeditado póstumamente en Chile.

³¹ Entrevista de Alfonso Salgado con Boris, Santiago, 13 de enero de 2014.

las JJCC de la calle Marcoleta, donde en ese entonces funcionaba la Dirección de Estudiantes Comunistas, o DEC, de la cual terminó siendo funcionario.³² El tristemente célebre comunista Miguel Estay, que en los años de la dictadura terminó trabajando para los servicios de inteligencia y que hoy cumple condena por su participación en el asesinato del mencionado Guerrero y de otros dos comunistas, visitaba también habitualmente la sede de las JJCC de calle Marcoleta hacia 1970, “permaneciendo casi todo el día [allí], visitando el lugar centenares de jóvenes, los que compartían esa ideología”.³³

Algunos forjaron lazos de amistad profundos con jóvenes que conocieron en estas sedes. En su escrito autobiográfico citado arriba, Manuel Guerrero dice que cree haber conocido a su gran amigo y futuro cuñado, José “Checho” Weibel, en la sede de Monjitas, mientras este jugaba ping-pong, hacia 1960 o 1961: “Ahí parece que fue donde vi a un gallo flaco, de pelo muy tieso, que daba paletazos y reía como cabro chico”.³⁴ Miguel Estay, también hizo grandes amigos en las JJCC. Fue precisamente en la sede de la calle Marcoleta, hacia 1970, donde Estay conoció al joven comunista Mauricio Lagunas. Estay y Lagunas se hicieron tan buenos amigos que, una vez que la familia del primero se desintegró, producto en parte del golpe de Estado, Estay se fue a vivir a la casa de los Lagunas en La Florida, en marzo de 1974. Residió allí hasta diciembre de 1975, cuando, junto a su amigo, fueron abducidos por los servicios secretos de la dictadura, acontecimiento que lo llevó primero a transformarse en informante y después en agente de inteligencia.³⁵

³² Entrevista de Alfonso Salgado con Jaime, Santiago, 17 de diciembre de 2013. Cabe señalar que esta sede de las JJCC terminó siendo arrebatada y utilizada por los servicios de inteligencia de la dictadura.

³³ Testimonio judicial de Miguel Estay Reyno, Santiago, 14 de noviembre de 2001, consultado en Archivo de la Vicaría de la Solidaridad (en adelante FUNVISOL), Sub Fondo Jurídico.

³⁴ Manuel Guerrero, *Desde el túnel*, p. 119. Al igual que Manuel Guerrero, José Weibel y su hermano Ricardo terminaron siendo asesinados por la dictadura. José Weibel se emparejó muy joven y tuvo una hija con una hermana de Manuel Guerrero, en 1964, si bien esta falleció al poco tiempo y Weibel terminó casándose con María Teresa Barahona, también comunista. Los Guerrero, cabe notar, eran una familia de tradición comunista.

³⁵ Testimonio judicial de Miguel Estay Reyno, Santiago, 14 de noviembre de 2001, consultado en FUNVISOL, Sub Fondo Jurídico.

Quizás pocos hayan expresado de manera más elocuente el significado afectivo de las sedes de las JJCC que Sergio Martínez, quien ingresó a las JJCC en 1961 y terminó siendo expulsado en 1969, tras haberse acercado a la línea de la ultraizquierda y participado en lo que se dio en llamar la “tendencia disidente”. En sus recuerdos de la militancia juvenil de la época, titulados inteligentemente *Entre Lenin y Lennon*, Martínez establece un vínculo directo entre las JJCC, su sede nacional y el sentido de comunidad de los jóvenes comunistas que frecuentaba dicha sede. “La ‘Jota’, más específicamente su local central, entonces ubicado en Avenida Matta 832, casi esquina de San Francisco, tenía para mí y creo que para muchos otros, las características de un hogar”. Martínez describe la sede de Matta con cierto detalle e incluye una fotografía de esta en su libro, reflexionando, además, en torno a la sagacidad de las JJCC al montar sedes de las características, que no fuesen meras oficinas para tener reuniones. La recuerda como “un espacio modesto, pero cálido”, que los jóvenes comunistas podían visitar “simplemente para pasar el rato, tomando una taza de café y comiendo un sándwich en el comedor habilitado en el primer piso, a veces esperando encontrar a alguna chica de otra célula o jugando al ‘taca-taca’”. Para un sujeto como Martínez, cuyos padres estaban separándose y que no se sentía a gusto en su hogar, “la ‘Jota’ era una suerte de refugio ideal. Esa era, de alguna manera, mi verdadera familia. La hermandad de los jóvenes dedicados a la noble tarea de transformar el mundo: los comunistas”.³⁶

Las sedes de las JJCC sirvieron también de espacios en los que algunos jóvenes tuvieron sus primeras experiencias amorosas y sexuales. Eugenio, quien tuvo un cargo importante en las JJCC de Talca a inicios de la década de 1970, recuerda haber recriminado a un camarada varón por haberlo encontrado besándose apasionadamente con una camarada mujer en un pequeño cuarto de la sede local de Talca. “Compañero, el local no es para ese tipo de cosas”, recuerda haberle dicho al camarada varón, con quien hasta el día de hoy lo une un vínculo de amistad, y con quien aún recuerda con humor

³⁶ Sergio Martínez, *Entre Lenin y Lennon. La militancia juvenil en los años ‘60* (Santiago, Mosquito Comunicaciones, 1996), pp. 26-27 y 86-87.

anécdotas como la de aquel día.³⁷ Algunos jóvenes comunistas incluso conocieron a sus futuros cónyuges en las sedes partidarias. Gladys Marín, quien terminó siendo Secretaria General de la organización unos años después, vio por primera vez a su futuro marido, el joven ingeniero Jorge Muñoz, en la sede de calle Compañía, en 1959, con apenas 17 años. “Lo vi en ese local antiguo, en ese segundo piso colmado de estudiantes y obreros”. Ambos forjaron un vínculo de naturaleza amorosa unos meses después, mientras hacían trabajos voluntarios, organizados por las JJCC, en la población La Victoria, y terminaron casándose en 1961.³⁸ Manuel Guerrero, por su parte, conoció a la que sería su futura mujer, Verónica Antequera, en la sede de calle Marcoleta. “Me llamó la atención; la encontré ‘güena’”. Ahora bien, en ese entonces Guerrero estaba en una relación amorosa, que estaba experimentando dificultades debido al profundo nivel de compromiso político de Guerrero y a sus visiones discordantes sobre el amor. “Después de terminar el prolongado pololeo con esta muchacha, trance difícil y dolido, la actividad política nos fue acercando con Verónica”. Sus miradas se cruzaron en una marcha por la Alameda, en mayo de 1969, “entre las banderas de los trabajadores y las consignas estudiantiles”, y unos meses después, en septiembre de aquel año, en una larga travesía desde Valparaíso hasta Santiago, a través de la cual Guerrero, Antequera y tres mil jóvenes protestaron contra el imperialismo estadounidense en Vietnam, la nueva pareja consumó su amor.³⁹

La historia de vida de José Zepeda, que obtuvo segundo lugar en un concurso de autobiografías cortas organizado por el PCCh para celebrar su 50° aniversario, en 1972, permite dimensionar la relevancia que llegaron a adquirir las sedes partidarias para algunos sujetos e hilar varios de los aspectos discutidos a lo largo de esta sección. Zepeda se vinculó inicialmente a las JJCC en La Serena, en 1959, pero dejó de participar tempranamente, por su falta de interés en asuntos doctrinarios y por su deseo de viajar y transformarse en cantante. La suerte no le sonrió. Tras vivir con lo justo en diversas

³⁷ Entrevista de Alfonso Salgado con Eugenio, Talca, 19 de agosto de 2012.

³⁸ Gladys Marín, *La vida es hoy*, p. 126.

³⁹ Manuel Guerrero, *Desde el túnel*, pp. 150-152.

ciudades, en 1964 decidió viajar a Santiago en busca de un trabajo estable. La suerte siguió siéndole esquiva. Al no encontrar trabajo y no tener redes de apoyo en la ciudad, pasó varias noches en el Ejército de Salvación y en el Cerro Santa Lucía. “Desorientado iba caminando por calle Blas Vial cuando ubiqué un local de las JJCC donde funcionaba la base 26 de Julio”. Zepeda les explicó la precariedad de su situación a los camaradas del lugar, quienes lo dejaron dormir temporalmente en la sede. Pasó varios meses allí, mientras buscaba trabajo. “En las noches de invierno me cagué de frío y, con el dolor de mi corazón, hacía fogatas para poder calentar el frío local, con la propaganda del Partido”. Su situación pudo haber empeorado aún más, pues algunos compañeros sugirieron abandonar el local tras la campaña presidencial, porque las finanzas partidarias andaban mal y debían varios meses de arriendo. Pero Zepeda los convenció de lo contrario y se comprometió a asumir mayores responsabilidades en la organización, resultando electo secretario político de la base. “Solo recuerdo que una compañera reclamó planteando que no se podía tener tanta confianza a un desconocido”. Como secretario político de la base, Zepeda se mostró muy activo. Organizó campañas de recolección de fondos y con ese dinero lograron pagar el arriendo de la sede y comprar “una nueva mesa de ping-pong, libros, tableros de ajedrez y pintura” para la propaganda. En lo personal, también le sonrió la suerte. Logró conseguir trabajo en una fundición y arrendar una pieza en una pensión cercana, y un tiempo después terminó emparejándose con la camarada que se había demostrado reticente a depositar tanta confianza en un desconocido, “aquella compañera que me quería echar a la calle, se casaría conmigo, dándome una hijita y la felicidad de un modesto hogar comunista”.⁴⁰

Sentimientos de amor y desazón

Para entender por qué tantos jóvenes comunistas se enamoraron y casaron con camaradas, es necesario prestarle atención a sus

⁴⁰ *El Siglo*, “No quería ir a reuniones, prefería bailar twist”, Santiago, 23 de enero de 1972.

sentimientos. Los textos publicados en las revistas de las JJCC *Gente Joven* (1959-1961) y, en mayor medida, *Ramona* (1971-1973), especialmente aquellos publicados en “Pregunte no más [sic]”, la sección de cartas al director de esta última revista, nos ofrecen una ventana fascinante a las mentes y corazones de los jóvenes comunistas, una verdadero “archivo de sentimientos”.⁴¹ “Pregunte no más” estuvo abierta a discutir asuntos relativos al amor y al sexo desde el principio; de hecho, el nombre completo de la sección era “Pregunte no más... que aquí contestamos todo, incluso aquello”, el pronombre “aquello” aludiendo de manera eufemística al controversial tema del sexo en la mojigata sociedad chilena de aquel entonces.⁴² La inclusión de esta peculiar sección de preguntas y consejos sobre asuntos personales –común en revistas de mujeres y en revistas juveniles dirigidas a un público amplio, no definido en términos políticos– ayudó a renovar la longeva tradición periodística y comunicacional del comunismo chileno, y estimuló a otras revistas de izquierda de la época a utilizar este recurso. Por ejemplo, la revista *Onda de la juventud* (1971-1973), que surgió poco después de *Ramona* y que reflejaba la confluencia de distintos sectores de izquierda, incluyó una sección de cartas al director que hacía aún más explícito este intento de las elites políticas por dialogar de tú a tú con los jóvenes, titulada “¿Cuál es tu problema?... o hablando de sexo, amor y otras yerbas”.

Una lectura de “Pregunte no más” revela una fuerte necesidad de afecto, un anhelo de amar y ser amado. Ya he citado la carta de BDQC, el quinceañero de Santiago que pasaba sus tardes en la sede

⁴¹ Estoy utilizando aquí un término acuñado por Ann Cvetkovich, que nos invita a pensar los “textos como repositorios de sentimientos y emociones, impregnados no solo en el contenido de los textos mismos sino también en las prácticas en las que se enmarca su producción y recepción”. Ann Cvetkovich, *Archive of Feelings*, p. 7.

⁴² La sección estaba a cargo del artista gráfico y otrora estudiante de filosofía Juan Guillermo Tejeda, quien era simpatizante –y no propiamente militante– de las JJCC. En una entrevista retrospectiva, recordó aquellos años y se describió a sí mismo como un joven artista que, en un ambiente que obligaba a definirse como hippie o comunista, “era un poco de las dos cosas”. Claudia Urzúa, “Guillermo Tejeda, artista: ‘Fue una cacería humana y se estimulaba la delación’”, en Patricia Verdugo (ed.), *Así lo viví yo... Chile 1973* (Santiago, Universidad Nacional Andrés Bello, 1994), pp. 127-132. Véase, además, Guillermo Tejeda, *Allende, la señora Lucía y yo* (Santiago, Ediciones B, 2002), pp. 109-134; y Ernesto Ottone, *El viaje rojo. Un ejercicio de memoria* (Santiago, Debate, 2014), p. 56.

partidaria solo para ver a la hermosa joven comunista con la que había estado involucrado afectivamente. Experiencias como la suya no son extrañas en la sección de cartas al director de *Ramona*. Por ejemplo, un joven del cerro La Cruz de Valparaíso, que firma como “un amigo” de la revista, expresa un sentimiento similar. Este joven explica en su carta que hacía unos meses había conocido a una joven comunista de 20 años que había capturado su corazón. “Desde aquel día ella no ha podido salir de mí, la quiero”. El 25 de diciembre de 1972 –es decir, una semana antes de que BDQC besara apasionadamente a su Julieta en Santiago– este “amigo” de Valparaíso le había confesado sus sentimientos a la joven de la cual se había enamorado. Ella no lo había rechazado inmediatamente, aunque le había dicho que necesitaba conocerlo más para poder tomar una decisión. Estuvieron algo más de un mes saliendo juntos y conociéndose, lapso durante el cual se había incrementado su “amor por ella”. Pero el 27 de enero de 1973, en una fiesta en el cerro Los Placeres, ella le “dijo que no pololearíamos y seríamos amigos, o sea, me estaba alejando. Esto me ha dejado muy triste, la quiero y no deseo perderla”, les confesó a los encargados de la revista, antes de preguntarles: “¿Qué puedo hacer, seguirla o alejarme?”. Como podemos apreciar, las experiencias de BDQC y de este “amigo” de Valparaíso eran bastante similares: ambos se habían enamorado locamente de jóvenes comunistas, ambos habían forjado relaciones afectivas cortas pero intensas y ambos habían terminado con el corazón destrozado.⁴³

Francisco, un joven de 18 años que provenía “de una familia proletaria” y que estaba postulando a la universidad, lamentó su suerte en una carta publicada en la revista unos pocos meses después que aquellas de BDQC y el “amigo” de Valparaíso. Al igual que en las cartas de estos, la escritura de la carta de Francisco había sido detonada por una profunda sensación de soledad afectiva. Su caso era algo más penoso que los anteriores, puesto que, a pesar de haberse enamorado varias veces, nunca había tenido novia. Era tímido y sufría de un complejo de inferioridad, provocado en parte por su inseguridad y en parte por su color de piel, lo que le hacía difícil

⁴³ *Ramona*, “Lola indiferente pero no tanto”, N° 70, Santiago, 27 de febrero de 1973, p. 35.

hablarles a las mujeres por las que se sentía atraído, e indudablemente forjar relaciones afectivas. Tras narrar un puñado de experiencias desaprovechadas, se lamenta: “Le contaré que yo así, llevando esa vida, soy muy desgraciado, pues paso la mayor parte del tiempo analizándome y haciéndome autocríticas, que me han llevado a pensar en el suicidio muchas veces, y hasta a suponer que soy un homosexual. Paso habitualmente abatido pensando en mi amor y en estos otros problemas que me han creado un nuevo complejo”. Los encargados de la sección de cartas al director le dedicaron una respuesta reconfortante, ofreciéndole una serie de consejos para lidiar con su timidez, poniendo en perspectiva sus miedos y, por último, desechando como infundado su temor a ser homosexual. “Miedo de ser cola: Aunque parezca raro, este temor está bastante extendido entre los lolos”, le explicaron respecto a este último punto, el que discutieron en mayor extensión, antes de rematar: “Los verdaderos maricas no ‘suponen’ que son homosexuales. Simplemente son homosexuales, les gustan abiertamente los hombres y les cargan las mujeres”.⁴⁴

Como se desprende del extracto anterior, el énfasis de los comunistas en la heterosexualidad hizo extremadamente difícil que *gays*, lesbianas y jóvenes de inclinaciones sexuales no normativas satisficieran sus deseos eróticos y encontraran amor en el marco de las JJCC. En Chile, como en otros lugares, los sesenta fueron años tanto de relajamiento de las costumbres sexuales como de rechazo visceral ante dicho relajamiento. En lo que respecta a la diversidad sexual, la izquierda chilena se caracterizó más por el rechazo que por la tolerancia. De hecho, el Secretario General del PCCh de aquel entonces, Luis Corvalán, confesó en sus memorias haberse opuesto a que militara en el partido un valioso artista –muy probablemente Rolando Alarcón– por su orientación sexual.⁴⁵ La retórica anti-homosexual de la izquierda era particularmente pronunciada en el tabloide filo-socialista *Clarín*, que, entre otras cosas, lideró una campaña que buscaba sembrar dudas sobre las inclinaciones sexuales

⁴⁴ *Ramona*, “Moreno, virgen, autocrítico y suicida”, N° 79, Santiago, 1 de mayo de 1973, pp. 62-63.

⁴⁵ Luis Corvalán, *De lo vivido y lo peleado. Memorias* (Santiago, LOM, 2007), p. 104.

del candidato presidencial de la derecha, y el tabloide comunista *Puro Chile*, que vinculaba constantemente la homosexualidad al crimen, bajo una óptica sensacionalista.⁴⁶

La intolerancia de la izquierda se hizo también evidente en el Gobierno de Allende, cuando se redoblaron esfuerzos para sancionar a los homosexuales activos. Según el periodista Eduardo Labarca, en ese entonces comunista, la Policía de Investigaciones –liderada por el socialista Eduardo Paredes y el comunista Carlos Toro– siguió el ejemplo de los revolucionarios cubanos, infiltrando el submundo de los *gays* santiaguinos y amenazándolos con exponerlos públicamente.⁴⁷ Utilizando sus contactos con los detectives, *Puro Chile* incluso identificó con nombre y apellido a los hombres *gays* detenidos en una de estas redadas. No debe sorprendernos, entonces, que lo que se conoce como la primera protesta gay en la historia de Chile, que tuvo lugar en abril de 1973, haya sido detonada por el acoso policial, y que esta haya sido ridiculizada y denostada por la izquierda.⁴⁸ Esto no quiere decir que *gays* o lesbianas no hayan militado en los partidos de izquierda –en una redada policial de 1971 fueron detenidos sujetos que pertenecían a uno de estos partidos, y varios ex miembros de las JJCC y del PCCh tuvieron un rol protagónico en el auge del movimiento de liberación homosexual en la década de 1990–⁴⁹ sino que muy pocos de ellos se sintieron con la confianza para reconocer y practicar abiertamente sus inclinaciones. En otras palabras, la postura anti-homosexual de la izquierda los forzó a ocultar sus deseos eróticos.

⁴⁶ Claudio Acevedo y Eduardo Elgueta, “El discurso homofóbico en la prensa izquierdista durante la Unidad Popular”, *Izquierdas*, vol. 3 (Santiago, abril 2009); Oscar Contardo, *Raro. Una historia gay de Chile* (Santiago, Planeta, 2011), pp. 267-289.

⁴⁷ Oscar Contardo, *Raro*, pp. 285-287. Sobre la política cubana en torno a la homosexualidad en los sesenta, véase Lillian Guerra, *Visions of Power in Cuba: Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2012), pp. 227-255; Ian Keith Lekus, “Queer Harvests: Homosexuality, the U.S. New Left, and the Venceremos Brigades to Cuba”, *Radical History Review*, vol. 89 (Durham, Spring 2004), pp. 57-91; Ian Lumsden, *Machos, Maricones, and Gays: Cuba and Homosexuality* (Philadelphia, Temple University, 1996); y Allen Young, *Gays under the Cuban Revolution* (San Francisco, Grey Fox, 1981).

⁴⁸ Víctor Hugo Robles, *Bandera hueca. Historia del movimiento homosexual en Chile* (Santiago, Editorial ARCIS y Cuarto Propio, 2008), pp. 11-17; Óscar Contardo, *Raro*, pp. 297-302.

⁴⁹ Sobre el rol de otrora militantes comunistas en los orígenes del Movimiento de Integración y Liberación Homosexual, véase Óscar Contardo, *Raro*, pp. 378-390.

Una lectura atenta de “Pregunte no más” muestra también que los espacios, prácticas y actividades de las JJCC estimulaban y a la vez permitían satisfacer este anhelo de afecto que sentían tantos jóvenes chilenos de la época, confirmando, de paso, algunos de los planteamientos sobre la sociabilidad juvenil comunista aventurados arriba, al analizar las sedes partidarias. Sin ir más lejos, el ya citado Francisco había ingresado a las JJCC apenas hacía “1 mes y medio” y en ese corto lapso ya había conocido a más de una camarada que le había atraído y que pudo haber satisfecho sus necesidades afectivas. “He conocido a muchos compañeros y compañeras, a las que gusté a muchas en un principio, de las cuales una me gustó mucho, pero por mi timidez jamás le he dicho nada, hasta que llegó un compañero y me la arrebató como me ha pasado siempre”. Esta joven comunista no era la única que había capturado la atención de Francisco en el mes y medio que llevaba militando. “Hace poco conocí a una chiquilla de le Jota mucho menor que yo, pero creo que la amo mucho; un día traté de decirle mis pretensiones, pero luego me arrepentí esperando otra oportunidad”.⁵⁰

“Rulitos”, una joven comunista de 15 años, que había comenzado a militar cuando vivía en Rancagua y que había retomado contacto con la organización al mudarse a Santiago, también se había enamorado y experimentado penas de amor en el marco de actividades organizadas por las JJCC. “Al compañero que quiero lo conocí en trabajos voluntarios y quedé flechada inmediatamente de él, pero este gallo me infló solamente allá y nos pegamos un atraque y después si te he visto no me acuerdo”. A diferencia de Francisco, el problema de Rulitos no pasaba por la falta de confianza. “Supe donde trabajaba y me puse a llamar como loca con cualquier chiva, solamente para oír su voz, porque casi siempre él contesta los llamados. El otro día fui para allá y estaba él. No me dio boleto, pero una compañera me dijo que se había puesto súper nervioso mientras estuve allá”. Al igual que Francisco, eso sí, Rulitos tenía el corazón lo suficientemente ancho como para desarrollar sentimientos amorosos por dos personas distintas en un corto lapso. Como explicó esta casi al

⁵⁰ Santiago, “Moreno, virgen, autocrítico y suicida”, *Ramona*, N° 79, 1 de mayo de 1973, pp. 62-63.

pasar, en la última línea de su carta: “Hay otro gallo que vive cerca mío y que me gusta mucho, pero al otro también lo quiero”. Los encargados de la revista le dieron consejos para abordar al sujeto que más le atraía y para sobrellevar un potencial rechazo amoroso, advirtiéndole que era probable que él no estuviera interesado en tener una relación afectiva con ella. Pero, además, le hicieron notar, de manera algo paternalista pero no del todo equivocada, que el “enamoramiento” no era lo mismo que el “amor”, una distinción semántica que ni Rulitos ni el resto de los adolescentes que escribían a Ramona tenían muy clara: “El corazón a los quince años es así: apasionado y enamoradizo. Ojo: enamoradizo. Más que amar, se enamora. Tú todavía no amas a nadie, aunque estés profundamente enamorada de uno o de dos chiquillos”.⁵¹

Historias orales con jóvenes comunistas de aquellos años confirman la importancia de las JJCC en la satisfacción del deseo amoroso. Algunos entrevistados conocieron a sus parejas en actividades que eran de naturaleza eminentemente política, incluso formales. Jaime, el estudiante universitario citado arriba, conoció a su futura esposa dictando un curso para jóvenes cuadros comunistas, en 1971. “Yo le hacía clases de materialismo histórico y ella es profesora de historia, entonces siempre me discutía”, recordó, riéndose, en una larga y distendida entrevista. Se casaron en marzo de 1973, en una pequeña ceremonia a la que asistieron familiares y amigos de las JJCC, y en la que la pareja vistió orgullosa de amaranto, el color con que se identificaban públicamente los jóvenes comunistas.⁵² Otros entrevistados se conocieron en actividades que solo podrían tildarse de políticas de estirarse la definición del término, pero que revelan la porosidad de los límites que separaban el activismo político de la diversión juvenil. Es el caso de Marta Inés Maldonado, viuda del ejecutado político Hernán Chamorro. “¿Me va a creer usted que yo conocí a mi marido en una fiesta, en una fiesta de la Juventud [Comunista]?”, le confesó a un

⁵¹ *Ramona*, “Si te he visto, no me acuerdo”, N° 82, Santiago, 22 de mayo de 1973, p. 35. Cartas como las citadas en este y en los párrafos precedentes probablemente llevaron a la publicación, un tiempo después, del artículo de *Ramona*, “Las penas de amor”, N° 89, Santiago, 10 de julio de 1973.

⁵² Entrevista de Alfonso Salgado con Jaime, Santiago, 17 de diciembre de 2013.

investigador del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. La fiesta había sido organizada por un miembro de las JJCC, cuya familia pertenecía al PCCh. Maldonado y sus amigas estaban divirtiéndose cuando llegaron Chamorro y otros dos jóvenes comunistas que no conocía. “La verdad es que llamaron la atención a todo el mundo porque bailaban estupendo... mi marido bailaba pero regio, el rock and roll lo bailaba pero [muy bien] y en ese tiempo era lo que más había, lo más de moda”.⁵³

Ahora bien, la importancia de las JJCC en la satisfacción del deseo amoroso de sus miembros no debe sobredimensionarse. Como señalé en la introducción de este capítulo, la mayor parte de los jóvenes comunistas –alrededor de dos tercios– se emparejaron y casaron con personas que no pertenecían a la organización. El corpus más amplio de historias orales y memorias que he revisado en el curso de esta investigación sugiere que los círculos sociales de los jóvenes comunistas coincidían solo parcialmente con los círculos partidarios, y que el éxito de las JJCC en darle forma y contenido a la vida afectiva de sus miembros dependía, en no menor medida, de la coincidencia entre ambos círculos. Es indudable que el barrio de residencia, el establecimiento educacional y el lugar de trabajo seguían siendo los espacios donde la mayor parte de los jóvenes chilenos –militasen o no en algún partido político– conocían a sus parejas. Los parques públicos y los espacios privados dedicados al entretenimiento, como los cines, las peñas o las *boîtes*, adquirieron también relevancia en estos años. Lo mismo puede decirse de las fiestas organizadas en el espacio doméstico, los llamados *malones*.⁵⁴ En cierto sentido, puede plantearse que la organización de los comunistas logró enmarcar y satisfacer la vida social y afectiva de los jóvenes en la medida, por un lado, en que logró insertarse y penetrar los barrios, colegios, universidades,

⁵³ Entrevista de Walter Roblero con Marta Inés Maldonado, Santiago, 22 de septiembre de 2011, proyecto Maestranza Ferroviaria de San Bernardo, CEDOCMMDH.

⁵⁴ Sobre la sociabilidad juvenil y el amor en el Chile de la época, véase Yanko González, “Primeras culturas juveniles en Chile: pánico, malones, pololeo y matiné”, *Atenea*, vol. 503 (Concepción, I semestre de 2011), pp. 28-32; Daniela Serra, “Vírgenes a medias. Historia de la sexualidad y el amor en Chile, 1952-1964”, en Elisa Silva y otros (eds.), *Seminario Simon Collier 2009* (Santiago, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2010), pp. 209-215.

fábricas y oficinas, y, por otro, en que se mostró dispuesta y capaz de organizar fiestas, peñas y actividades atractivas para la juventud.

El pololeo y el amor entre camaradas

El estudio de la vida romántica de los jóvenes comunistas de los sesenta no solo debe prestar atención a sus sentimientos sino también a las reglas sociales que regulaban sus interacciones. En Chile, como en otros países de la región, los sesenta se caracterizaron, entre otras cosas, porque las estrictas reglas que antes regulaban el cortejo y el noviazgo empezaron a crujir, dando lugar a relaciones más espontáneas y flexibles, una transformación social y cultural que bien podría tildarse de revolucionaria. El vocablo chileno *pololeo* jugó un rol crucial en esta transformación, ya que su utilización se masificó y terminó eventualmente por desplazar al vocablo *noviazgo*, circunscribiendo el significado de este último al lapso entre la promesa de matrimonio y el casamiento. El término *pololeo* describía una diversidad no menor de relaciones afectivas prematrimoniales, que variaban en su grado de formalidad y que podían o no incluir relaciones sexuales. El término ayudó a disociar las relaciones románticas del matrimonio, en cuanto que aquellas dejaron de conducir necesariamente a este; ensanchó el periodo vital durante el cual hombres y mujeres podían forjar relaciones románticas, ayudando tanto a adelantar el comienzo de esas relaciones –la mayor parte tenía su primer *pololeo* entre los 15 y los 17 años– como a postergar la concreción del matrimonio; facilitó la proliferación de relaciones y parejas románticas en la transición de la niñez a la adultez; y, por último, otorgó a las parejas mayor libertad para definir los términos de su relación. El vocablo era ampliamente utilizado por los jóvenes de la época, incluyendo los jóvenes comunistas.⁵⁵

La dirigencia de las JJCC no se oponía a los *pololeos*, pero intentaba sí ofrecer modelos y patrones de conducta para que las relaciones

⁵⁵ Este párrafo se basa, principalmente, en Yanko González, “Primeras culturas juveniles en Chile”, pp. 31-32; Patrick Barr-Melej, *Psychedelic Chile*, pp. 45-68; y Armand Mattelart y Michèle Mattelart, *La juventud chilena*, pp. 322-326.

amorosas de sus miembros conllevaran cierta cuota de responsabilidad. La idea del *compañerismo*, y los vocablos *compañero* y *compañera*, en su acepción de pareja romántica, fueron parte del arsenal de herramientas de las JJCC para encauzar las relaciones amorosas de los jóvenes comunistas. Por poner el asunto en las palabras de Gladys Marín, en ese entonces una “joven profesora primaria de 21 años” encargada del departamento femenino de las JJCC, al ser entrevistada por *Gente Joven* en el marco del IV Congreso Nacional Extraordinario de las JJCC, en 1960: “En nuestras relaciones, lo fundamental es el respeto mutuo y la responsabilidad. La muchacha deja de ser la simple polola y se convierte en la camarada, la compañera”. Marín argumentaba, respondiendo una pregunta “sobre los problemas del amor”, que “[l]a vida sentimental de las muchachas comunistas es igual que la de las demás. El pololeo, la coquetería y el arreglo personal son cosas naturales en nuestra vida, solo que adquirimos estabilidad, responsabilidad y madurez”.⁵⁶

Los términos *compañero* y *compañera* podían aludir a personas casadas o no. Por ende, tendían a desdibujar la distinción entre el noviazgo y el matrimonio, forzando a los jóvenes comunistas a concebir a sus pololos o pololas como potenciales parejas de vida, desde temprano. Estos términos hacían de las relaciones románticas de los jóvenes comunistas un asunto más serio de lo habitual y, en cierto sentido, más importante. Tatiana Zamorano, cuya autobiografía obtuvo el primer lugar en el concurso organizado con el motivo del 50° aniversario del PCCh, en 1972, aborda tangencialmente el asunto. Zamorano era hija y nieta de comunistas, y se había casado con un comunista, en 1963. Había conocido a su pareja durante la campaña presidencial de Salvador Allende en 1958, cuando “era una liceana de 17 años”, tras su ingreso a las JJCC en la Sexta Comuna de Santiago, donde este militaba. “Al principio nos unió la camaradería, pues me había propuesto que el día que yo aceptara pololear con un militante del PC o de la Jota, sería con el compañero de mi vida, con el padre de mis futuros hijos y no para pasar el tiempo. Y

⁵⁶ Santiago, “Polémico y abierto congreso tendrá la Juventud Comunista”, *Gente Joven*, 18 de febrero de 1960, pp. 6-7.

esto, por ese respeto inmenso que se nos infundió desde niños por nuestro Partido”.⁵⁷

Los términos compañero y compañera habían estado en boga entre los comunistas desde hacía varios años, no solo en su acepción de camarada sino también de pareja, pero adquirieron inusitada prominencia en los sesenta, fortalecidos por nociones de heroísmo revolucionario y compromiso por la causa propias de la época. Sergio Martínez, por ejemplo, recuerda que, para jóvenes como él, el término compañera tenía “una connotación especial”, pues “uno lo interpretaba viendo las películas heroicas de la Unión Soviética en los años 60”, entre las que menciona a *Vuelan las cigüeñas* (1957) de Mijaíl Kalatózov y *La balada del soldado* (1959) de Grigori Chujrái. Ambas películas abordan la epopeya soviética en la Segunda Guerra Mundial, pero de una manera innovadora, que hace del amor el elemento central de la narrativa, esbozando héroes y heroínas multidimensionales. Eran, en las palabras de Martínez, “[f]ilmes que nos descubrían las dimensiones humanistas de los personajes, las que a su vez eran inseparables de la causa que encarnaban”.⁵⁸ Junto con viejas novelas soviéticas como *La joven guardia* (1946) de Aleksandr Fadéyev o *Así se templó el acero* (1936) de Nikolái Ostrovski, que fueron traducidas al español en la década de 1950 y circularon ampliamente entre los jóvenes comunistas chilenos en los sesenta, estos productos culturales de procedencia soviética vinculaban el amor, el autodescubrimiento y el sacrificio personal, infundiendo las nociones de camaradería y compañerismo de nuevos significados.

El apasionado romance de los comunistas chilenos con la Cuba revolucionaria también contribuyó a la propagación de una idea del amor que subrayaba el compromiso con la causa, sin importar el costo. A partir de 1959, por ejemplo, *Gente Joven* empezó a publicar reportajes de naturaleza biográfica que narraban historias de cubanos que habían hecho sacrificios personales en la lucha contra la dictadura

⁵⁷ *El Siglo*, “La herencia de los combatientes desaparecidos”, Santiago, 23 de enero de 1972.

⁵⁸ Sergio Martínez, *Entre Lenin y Lennon*, p. 100. Para otros recuerdos de jóvenes de la época sobre la importancia de los filmes soviéticos, véase Jorge Coloma, *Peces en la arena. Crónicas de guerra*, UTE 1973 (Santiago, Editorial Universidad de Santiago, 2005), pp. 189-191.

de Fulgencio Batista. Las accidentadas historias de amor de célebres parejas revolucionarias, como Raúl Castro y Vilma Espín o Armando Hart y Haydée Santamaría, eran acompañadas de las de mártires como Orlando Nodarse, en boca de su novia Angela Donoso, quien contaba cómo este, al verse rodeados por la policía y sin escapatoria posible, le había demandado que esta le trajera un veneno que tenía guardado: “Mucho le rogué para que no tomara esa determinación, pero se levantó bruscamente y me dijo: ‘Recuerde que soy su comandante y es una orden’”.⁵⁹ Como sugiere este breve extracto, la forma en que se difundía la epopeya de la Revolución Cubana desafiaba los estereotipos de género, pero solo parcialmente. Esta tensión es particularmente evidente en las revistas comunistas dirigidas a mujeres, como *Mirada* (1959-1961) o *Paloma* (1972-1973), que debían balancear los intereses, expectativas y ansiedades de mujeres de distintas edades y condición social. El reportaje que *Mirada* le dedicó al ícono revolucionario Haydée Santamaría durante su visita a Chile, en 1959, es revelador. La revista la presentó como una revolucionaria, valiente y corajuda, que participó en el asalto al Cuartel Moncada en 1953 y que vivió después “una historia de lágrimas, cárceles, barro de Sierra Maestra, de secretos, de amor y de triunfo”. Ahora bien, la sección “Guerrillera, pero mujer” se esfuerza por subrayar que “[f]ue revolucionaria, guerrillera, pero fundamentalmente fue mujer”, citando para demostrarlo las siguientes palabras de la heroína: “Con Celia Sánchez, siempre después de alguna victoria nos retirábamos para llorar... no podíamos dejar de pensar en los que dejamos en el camino, en sus familias... incluso en las del enemigo”.⁶⁰

En la visión del amor entre camaradas que promovían los comunistas chilenos y que reforzaba los reportajes y productos culturales provenientes de países como Cuba y la Unión Soviética, los ideales políticos eran algo noble, que toda persona digna de tal calidad debía

⁵⁹ Gente Joven, “La juventud, nervio y motor de la Revolución Cubana”, 14 de agosto de 1959, pp. 8-9.

⁶⁰ *Mirada*, “Guerrilleras cubanas amaron y pelearon”, 2 de septiembre de 1959, pp. 12-13. Sobre las representaciones de género de la Revolución Cubana en otros países, véase Anne E. Gorsuch, “‘Cuba, My Love’: The Romance of Revolutionary Cuba in the Soviet Sixties”, *American Historical Review*, vol. 93, N° 4 (Bloomington, April 2015), pp. 497-526.

poseer y por los que uno tenía que estar dispuesto a realizar ciertos sacrificios. “Personalmente”, les explicó a los periodistas de *Ramona* un joven secundario de simpatías o de militancia comunista, “yo no tendría de compañera, ni soltero ni casado, a una mujer sin inquietudes, que no la piense, que no tenga incentivos ni ideales por los cuales luchar”.⁶¹ Emparejarse con alguien que tuviese las mismas ideas políticas no era absolutamente imprescindible para todos los jóvenes de izquierda, pero de todas maneras era considerado algo positivo, uno de los atributos a considerar a la hora de decidirse por una pareja de vida. Una joven de 17 años que les escribió a los encargados de “Pregunte no más” para que le ayudaran a decidirse entre dos jóvenes con los cuales había entablado relaciones amorosas, terminó su carta de la siguiente manera: “Por favor aconséjenme. Con mi antiguo pololo nos llevamos de maravilla en las ideas políticas, ya que yo soy muy de Izquierda y me gusta mucho la política”, dando a entender que este era uno de los puntos a favor de aquel pretendiente.⁶² Para muchos jóvenes de izquierda, el hecho de ser consecuente con sus ideales e ingresar a militar en un partido o movimiento político era percibido como un paso importante en una suerte de progresión vital imaginada, que iba de la consciencia social al compromiso revolucionario. Por lo demás, en el pensamiento comunista de aquel entonces, la decisión de adquirir un compromiso político y la capacidad de mantener dicho compromiso en el tiempo, pese a los sacrificios que conllevaba, era vista como evidencia de la voluntad y capacidad que tenía un individuo para comprometerse y ser responsable en otras esferas de la vida, incluyendo la esfera amorosa.

Cartas privadas de algunos cuadros comunistas de aquellos años, que por distintos motivos se han conservado, nos dan la oportunidad de acercarnos a esa peculiar fusión de la política y de lo personal que caracterizó el amor entre camaradas, y nos ayudan a dimensionar la importancia de los compromisos políticos y amorosos. Sirva de muestra una carta de Jorge Muñoz a su esposa, Gladys Marín,

⁶¹ *Ramona*, “El adolescente chileno 1972 se desnuda ante el amor”, N° 31, Santiago, 30 de mayo de 1972, pp. 14-17.

⁶² *Ramona*, “Dos pololos que no son lolos y una lola que está muy sola”, N° 86, Santiago, 19 de junio de 1973, pp. 34-35.

del 7 de noviembre de 1973, un par de meses después del golpe de Estado. Como ya hemos dicho, Muñoz y Marín se habían conocido en 1959 y casado en 1961, por lo que tenían ya una larga trayectoria como pareja, además de dos hijos. El golpe los había forzado a vivir separados y a comunicarse a través de cartas: Marín se había asilado en la Embajada de los Países Bajos; y Muñoz, figura menos conocida públicamente pero importante dentro del PCCh, había pasado a la clandestinidad, habiendo recalado ya en cuatro casas distintas al momento de escribir la carta en cuestión. Según explicó en su misiva, esta “experiencia rica y terrible” le había entregado “una madurez política y humana”, y le había enseñado a redimensionar y “valorar el amor: la inmensa riqueza de tenerte por compañera (creo que el hecho de ser tu compañero por 14 años ya es mucho, es para estar agradecido de la vida)”.

El golpe de Estado y la separación habían afectado emocionalmente a Muñoz, quien le confesó a Marín que hacía un mes atrás había dejado “correr las lágrimas”, a modo de catarsis, y que en ese momento había jurado “ser digno (ya lo había hecho eso de prometer) del P[artido], de ti, de mis hijos”. Como puede apreciarse en los extractos citados, la carta transita rápidamente de lo personal a lo político, y viceversa. En la visión retrospectiva de Muñoz, la promesa que había adquirido al hacerse comunista, veinte años atrás, y la promesa de matrimonio que había realizado unos años después, se habían terminado por fundir, solidificado tanto su compromiso político con el PCCh como su compromiso romántico con Marín: “Un hilo invisible de un material no inventado por el hombre, de infinita resistencia, me une a ti. Eres mi alegría y orgullo. ¿Entiendes? Junto al gran camino [político] elegido que da razón a la vida, eres lo íntimo, mi decisión de luchar (compromiso de 20 años), de ser combatiente digno, se une a lo personal, a ti y esto (que el enemigo quisiera quebrar para quebrarnos) me acompañará hasta que nos reunamos a tener el [tercer] hijo [que añoras], a mirarnos a los ojos, a estar juntos”.⁶³

⁶³ Jorge Muñoz a Gladys Marín, Santiago, 7 de noviembre de 1973, consultada en Fundación Gladys Marín, Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, Santiago (en

Encontrar a una persona con la cual forjar un vínculo de esta naturaleza no era fácil. Carlos Berger, por ejemplo, tuvo dificultad a la hora de dar con una mujer que entendiera y compartiera su pasión por la política. Se separó de su primera esposa en algún momento de 1970, y un tiempo después, en septiembre de aquel año, partió a la Unión Soviética para estudiar un curso de marxismo y economía, que duraba dos años. En una carta fechada el 3 de noviembre de 1970 desde Moscú, Berger, entonces de 27 años, intentó explicarle a su madre porqué había fracasado su matrimonio y porqué estaba ahora seguro de que había terminado para siempre. El problema central no era, como pensaba su madre, de caracteres diferentes, él siendo un optimista y ella una pesimista, sino de una incompatibilidad más profunda, que hundía sus raíces en distintas visiones de mundo: “Ella mira el mundo con la visión típica de una pequeña *burguesa*. El mundo es tal y como se comporta con ella. No hay una realidad más allá de sus narices, de lo que la rodea, lo que ve, lo que le cuentan. Subjetivismo puro. Existen las cosas que le suceden a ella; las demás no existen. Y a mí me parece que yo he logrado elevarme por encima de esa visión tan particular y tan estrecha de la pequeña burguesía”. Berger se extendió después en cuál era la forma correcta de ver el mundo, dedicando tres párrafos a discutir “la posición que inconscientemente toma la filosofía idealista burguesa” y otros tres párrafos a discutir cómo debía mirarse la Unión Soviética. Después de esta larga digresión, volvió al asunto central: “No se trata solo de ser optimista o pesimista; se trata de entender o no entender algo”, enfatizó, aclarando que para él era fundamental “el sentido de trascendencia. Yo necesito ir más allá, justificarme, hacer algo, vivir con el mundo. Ella no lo necesita porque el mundo se acaba en ella y más allá no hay nada... Y le insisto que no se trata de un defecto de ella, sino que voy comprendiendo que es un modo general de ver el mundo, general para una clase”.⁶⁴

adelante, ICAL). Extractos de esta y otras cartas de Muñoz pueden también encontrarse en Gladys Marín, *La vida es hoy*, pp. 131-139.

⁶⁴ Carlos Berger a Dora Guralnik, Moscú, 3 de noviembre de 1970, en Eduardo Berger (selección), *Desde Rusia con amor. Cartas de Carlos Berger a su familia* (Santiago, Pehuén Editores, 2007), pp. 24-27. Los originales se encuentran en el Fondo Carmen Hertz, CEDOC-MMDH.

El tenor de las cartas de Carlos Berger y Jorge Muñoz citadas arriba no debe inducirnos a pensar que los jóvenes cuadros comunistas entendían el amor en términos puramente ideológicos. Pese a la seriedad de algunos de los asuntos que aborda en su correspondencia familiar, Berger nunca deja de comentar y hacer bromas sobre asuntos cotidianos, como su falta de suerte con las mujeres en la Unión Soviética o sus urgentes necesidades sexuales. Este tono juguetón se aprecia más claramente en las cartas a sus hermanos, Eduardo y Ricardo, pero es también visible en algunas de las cartas dirigidas a su madre. “Sobre amores sigo *como las pelotas y con la mansa piedra* a cuestras. Ya casi no puedo arrastrarla... Habrá que hacer fuertes empeños”, le cuenta jocosamente a su madre en una de sus cartas. A sus hermanos les aconseja que “no hagan muchas cochinas ni muy a menudo”, y entre los tres comentan sobre pololeos, amoríos y encuentros sexuales, en un tono por lo general liviano. “¿Cómo van las cosas? ¿A qué piensas dedicarte? ¿Con quién estás *afilando*?”, le pregunta por ejemplo a Eduardo en una carta. Y a Ricardo, en otra, una vez enterado de que este tiene nueva novia: “Lo felicito por su *pololita*. Muy bien, me alegro de que la quiera y saludos a ella. ¿Y cómo es para la *bed*?”. Cabe señalar que Carlos no permaneció soltero largo tiempo durante su estadía moscovita. Para diciembre de 1970 había ya iniciado un romance con una chilena de 24 años llamada Valentina, que estaba estudiando medicina en la Unión Soviética, pese a que era consciente de que la relación tenía poco futuro. Como le comentó a su madre en marzo de 1971, “[n]o hay garantías de volverse con ella a Chile, se lo he dicho, porque si la relación fuera firme le diría que se volviera conmigo, que nos casemos”.⁶⁵ Carlos era el más politizado e intelectualmente curioso de los hermanos Berger, pero no por ello debe confundírsele con un cuadro fanático y sectario o con un ratón de biblioteca. Por el contrario, su personalidad era afable y gregaria. “Con Ricardo –recuerda

⁶⁵ Carlos Berger a Dora Guralnik, Moscú, 30 de octubre de 1970; Carlos Berger a Ricardo y Eduardo Berger, Moscú, 15 de noviembre de 1970; Carlos Berger a Eduardo Berger, Moscú, 11 de noviembre de 1970; Carlos Berger a Ricardo Berger, Moscú, 1 de marzo de 1971; Carlos Berger a Dora Guralnik, Moscú, 16 de marzo de 1971, en Eduardo Berger, *Desde Rusia con amor*, pp. 23, 38, 31, 54, 57.

Eduardo en sus memorias— sabíamos que Carlos no era más inteligente que nosotros, pero no podíamos negar que era mucho más carismático y entretenido”.⁶⁶

Cuadros comunistas como Carlos Berger y Jorge Muñoz eran sin duda más ideologizados que BDQC y los adolescentes que escribieron a “Pregunte no más” pidiendo consejos de amor. Pero, al igual que ellos, se habían acercado al comunismo y a mujeres comunistas en un ambiente de camaradería y distensión. Esta experiencia vital había moldeado la manera en que entendían la política y el amor, y continuaba influenciando su manera de pensar respecto a estos temas, aún después de haberse distanciado forzosamente de la rica vida social descrita en las páginas precedentes. En su correspondencia, Berger se queja de su aburrida vida como estudiante en Moscú, especialmente antes de conocer a Valentina. “Sigo estudiando y en verdad que *cabrea* estudiar sin tener otra actividad. No se sale, no se pasea, no hay *pololas*, no hay reuniones entretenidas, no se hace la revolución. En fin, se pasa encerrado estudiando y en clases. Una *lata*”.⁶⁷ Berger necesitaba de la compañía de sus amigos y camaradas para sentirse pleno y gozar de su compromiso con el marxismo, razón por la que decidió acortar sus estudios y volver a Chile a colaborar con el Gobierno de Allende. Allí, volvió a retomar contactos con antiguos camaradas y amigos, y terminó emparejándose con Carmen Hertz, que en 1970 había ingresado al PCCh. Los militantes que pasaron a la clandestinidad o que salieron al exilio tras el golpe sentían también ocasionalmente la necesidad de evocar los vibrantes años de democracia y militancia pública, que habían perdido de cuajo y que aspiraban a reconquistar. En una carta de 1975, por ejemplo, un solitario y nostálgico Jorge Muñoz evoca un día de verano de antaño, en el marco de unas vacaciones con Marín y otros camaradas: “Recordé que estábamos en vacaciones a orillas de la laguna y tú leías ¿A Chéjov? bajo las araucarias... esa vez hubo como un momento de paz, de armonía, de felicidad completa... tú leyendo, los amigos por ahí tendidos y yo te miraba ¡Qué hermosa! Como esos tendremos no

⁶⁶ Eduardo Berger, *Mis 59 años* (Ottawa, s/e, 2007), p. 11.

⁶⁷ Carlos Berger a Ricardo y Eduardo Berger, Moscú, 15 de noviembre de 1970, en Eduardo Berger, *Desde Rusia con amor*, p. 33.

momentos sino un largo tiempo sólido, bello, alegre, de vida hombro a hombro trabajando, amando, viviendo”.⁶⁸

El amor, el sexo y el matrimonio

Los jóvenes comunistas de los sesenta entendían el amor como un sentimiento puro y verdadero, que no debía contaminarse por intereses materiales ni por convenciones sociales. En su visión, el amor estaba amenazado por la mercantilización de las relaciones sociales y por modas perniciosas provenientes del exterior y de la burguesía chilena. A través de *Ramona*, por ejemplo, Rodrigo Cerda, un joven comunista de Concepción, exhortó a sus camaradas: “No importen el amor, búsquenlo en nuestros barrios, nuestras callampas y verán que allí el amor no muere. Tal vez en países de cultura saturada no va quedando. Pero sí en nuestros países... Unos jóvenes desorientados, burgueses, son los que no creen en el amor. Los pobres viven solo de eso”.⁶⁹ Los jóvenes comunistas creían que los hombres y mujeres consecuentes debían estar dispuestos a hacer sacrificios económicos por el amor. Algunas parejas discutieron el asunto del dinero antes de casarse y acordaron que sería una cuestión de importancia secundaria en su relación.⁷⁰

Para los comunistas de clase media, había incluso cierto enaltecimiento en casarse con una persona de más baja condición social. “Nadie se extrañó del matrimonio de jóvenes obreros con estudiantes universitarias”, argumenta el otrora estudiante de ingeniería Carlos Toro en sus memorias, recordando el matrimonio del obrero marroquino y dirigente comunista Mario Zamorano con la nutricionista Isolina Ramírez –que tuvo lugar en 1957, antes de nuestro periodo de estudio– y el matrimonio del artesano mueblista y dirigente comunista José Weibel con la profesora María Teresa Barahona, que

⁶⁸ Jorge Muñoz a Gladys Marín, Santiago, 8 de abril de 1975, consultada en Fundación Gladys Marín, ICAL.

⁶⁹ *Ramona*, “Ahhh! El amor”, N° 6, Santiago, 3 de diciembre de 1971, p. 51. Véase, también, *Ramona*, “El adolescente chileno 1972 se desnuda ante el amor”, N° 31, Santiago, 30 de mayo de 1972, pp. 14-17.

⁷⁰ Entrevista de Alfonso Salgado con Rosa, Santiago, 1 de agosto de 2012.

tuvo lugar en 1969. Ahora bien, no debemos confundir la excepción con la regla. La mayor parte de los jóvenes comunistas se emparejaron y casaron con personas de su clase social. La estructura misma de las JJCC, organizada en torno a distritos electorales y el sistema educacional chileno, facilitaba las interacciones –e, indirectamente, los romances– entre jóvenes comunistas de un mismo contexto social. El citado Toro, de hecho, se casó con una camarada comunista que, como él, estudiaba ingeniería en la Universidad de Chile, y un tiempo después se fueron a vivir a la exclusiva comuna de Vitacura.⁷¹

Dos convenciones sociales se tornaron asuntos de acalorada discusión entre los jóvenes comunistas: el sexo prematrimonial y el matrimonio.⁷² Los jóvenes comunistas observaban con temor la disociación entre el amor y el sexo –tendencia reconocible en Estados Unidos y Europa Occidental, y ampliada por los medios de comunicación chilenos– pero muchos de ellos temían también verse involucrados en relaciones amorosas carentes de sexo. Si bien el segundo de estos temores era obviamente mayor entre los hombres que entre las mujeres, la importancia del sexo en las relaciones amorosas era un asunto bastante extendido entre los jóvenes comunistas, al menos entre los jóvenes comunistas de cierta edad. Al ser entrevistada por *Ramona*, por ejemplo, Margarita Gutiérrez, una estudiante de pedagogía en matemáticas y dirigente universitaria de 20 años, de extracción obrera, criticó tanto el sexo sin amor como el amor sin sexo: “Yo voy a opinar sobre los lolos y su show de la liberalidad. Creo que ellos toman la relación sexual sin responsabilidad. No se dan cuenta de que es parte de una relación afectiva completa. Así como es absurdo que una pareja se acueste si no se ama, también es necesario que tengan relaciones sexuales para que exista una complementación más real, armónica y equilibrada”.⁷³

Ramona le dedicó muchas páginas al sexo prematrimonial, abordando el asunto, la mayor parte de las veces, de manera positiva,

⁷¹ Carlos Toro, *La guardia muere*, p. 141.

⁷² He discutido estos asuntos, con mayor detención, en Alfonso Salgado, “A Small Revolution”.

⁷³ *Ramona*, “¿Cómo es el universitario comunista?”, N° 32, Santiago, 6 de junio de 1972, pp. 25-29.

incluso incentivando su práctica en el marco de relaciones amorosas estables. La estudiante de periodismo y simpatizante comunista Patricia Politzer, por ejemplo, abordó los problemas que muchos jóvenes experimentaban al discutir el tema del sexo, en un reportaje publicado en enero de 1973, poco antes de que la futura periodista cumpliera 21 años. Según Politzer, había miles de parejas que, por prejuicios sociales y miedos personales, no lograban avanzar adecuadamente por la “escalera de la intimidad” y consumir sexualmente su vínculo amoroso. El extenso reportaje abordó, entre muchas otras cosas, la vigencia de los perniciosos mitos que valoraban la virginidad, la diferencia entre un orgasmo vaginal y clitoriano y los métodos anticonceptivos. Sirviéndose de la opinión de sexólogos y otros expertos, Politzer explicó que el “ataque” (es decir, el besarse y acariciarse eróticamente) era una etapa placentera e importante en la vida de una pareja, pero, enfatizó, “se trata solamente de una etapa”, que debiese anteceder y no obstaculizar otras manifestaciones físicas del amor de pareja: “Habrá un momento en que ambos noten que ya están maduros, tienen ganas, y nada les impide hacer el amor”.⁷⁴ Reportajes como el de Politzer deben haber sido bienvenidos por los lectores de la revista, de tomar en consideración el gran número de cartas publicadas en “Pregunte no más” que tocaban el tema de la virginidad, la iniciación sexual y el sexo prematrimonial.⁷⁵ Estos asuntos, cabe señalar, eran aún objeto de controversias

⁷⁴ *Ramona*, “Muchas ganas; pero mucho miedo”, N° 66, Santiago, 30 de enero de 1973, pp. 14-19. Véase, además de la misma revista, “Jóvenes Europa 1971. ¿Se muere el amor?”, N° 3, Santiago, 12 de noviembre 1971, pp. 14-18; “El ataque no tiene nada de malo”, N° 4, Santiago, 19 de noviembre de 1971, pp. 19-22; “La primera vez”, N° 12, Santiago, 18 de enero de 1972, pp. 26-27; “El adolescente chileno 1972 se desnuda ante el amor”, N° 31, Santiago, 30 de mayo de 1972, pp. 14-17; “El ángulo de los padres: ¿Qué hacer ante la libertad sexual de nuestros hijos?”, N° 36, Santiago, 4 de julio de 1972, pp. 16-19; “¿Sirve para algo la virginidad?”, N° 56, Santiago, 21 de noviembre de 1972, pp. 14-17; “El sexo a tres velocidades”, N° 69, Santiago, 20 de febrero de 1973, pp. 14-19 y “Sexo es estar nervioso”, N° 70, Santiago, 27 de febrero de 1973, pp. 14-18.

⁷⁵ Véase, por ejemplo los siguientes artículos aparecidos en *Ramona*, “Un caso de confianza”, N° 27, Santiago, 2 de mayo de 1972, pp. 38-39; “La familia y los hippies”, N° 41, Santiago, 8 de agosto de 1972, pp. 38-39; “Abortos, ‘períodos de seguridad’ y otras yerbas”, N° 62, Santiago, 2 de enero de 1973, p. 39; “Insatisfecho”, N° 71, Santiago, 6 de marzo de 1973, p. 35 y “Moreno, virgen, autocrítico y suicida”, N° 79, Santiago, 1 de mayo de 1973, pp. 62-63.

en aquellos años. De hecho, la misma Politzer lamentó, muchísimas décadas después, “no haber hecho el amor con mi primer amor. Fue un pololeo largo, pero en esa época uno no se iba a la cama tan fácil como ahora”.⁷⁶

La importancia que se les asignaba a la virginidad y al sexo prematrimonial no era la misma en el caso de los hombres que en el de las mujeres, tanto en la sociedad chilena como en los círculos de izquierda. En su pionero y documentado estudio sobre la juventud chilena, Armand y Michèle Mattelart descubrieron que tres cuartos de las mujeres jóvenes valoraban la virginidad, pero que solo la mitad de los hombres jóvenes era de la misma opinión.⁷⁷ Discrepancias de dicha naturaleza pueden también apreciarse en una animada discusión sobre el sexo, el amor y las relaciones de pareja entre jóvenes estudiantes de educación media –todos ellos de izquierda, probablemente comunistas– publicada en *Ramona* en 1972. Por ejemplo, después de que Jorge argumentase que el sexo prematrimonial ayudaba a prevenir los fracasos matrimoniales, porque disminuía el riesgo de desavenencias sexuales y los problemas de frigidez e impotencia, Adriana contraatacó: “lo único malo es que con esa chiva ustedes nos hacen lesas y después ni se casan con una... Yo pregunto: ¿no se podrían preparar las parejas, sin que fuera necesario acostarse, con las puras clases teóricas no más?”. Doris, por su parte, era de la opinión que era posible contenerse y aguardar el momento oportuno para iniciar relaciones sexuales.⁷⁸

En cierto sentido, los extractos citados en este párrafo y en los anteriores sugieren que la virginidad y el sexo prematrimonial eran tópicos aún controvertidos entre los jóvenes de izquierda, y que las opiniones al respecto estaban condicionadas –aunque no determinadas– por el género y la edad del sujeto en cuestión, además de su propia biografía. Si bien dirigentes estudiantiles como Margarita Gutiérrez o estudiantes de periodismo como Patricia Politzer estaban convencidas de que tener sexo antes del matrimonio era permisible,

⁷⁶ *La Tercera*, “Manifiesto: Patricia Politzer, periodista”, Santiago, 31 de enero de 2016, sección Reportajes, pp. 20-21.

⁷⁷ Armand Mattelart y Michèle Mattelart, *Juventud chilena*, pp. 108-111.

⁷⁸ *Ramona*, “El adolescente chileno 1972 se desnuda ante el amor”, N° 31, Santiago, 30 de mayo de 1972, pp. 14-17.

incluso necesario, estudiantes de secundaria como Adriana y Doris aún tenían dudas al respecto.

Una serie de avances tecnológicos disminuyeron el riesgo de los embarazos no deseados y estimularon las relaciones prematrimoniales. Desde mediados de la década de 1960 la población chilena pudo acceder a métodos anticonceptivos muchísimo más confiables que los de antaño, propiciando una revolución en materia de sexualidad. Las jóvenes podían ahora tener sexo sin correr el riesgo de quedar embarazadas, y el amor, no el embarazo o el nacimiento de una persona, pasó efectivamente a convertirse en la razón más importante para casarse.⁷⁹ Ahora bien, esta revolución se vio entorpecida y ralentizada por miedos, prejuicios y falta de información. Incluso a inicios de la década de 1970 métodos como la píldora anticonceptiva parecen no haber estado lo suficientemente extendidos en Chile. “Pregunte no más”, por ejemplo, publicó más de una carta de lectoras que se habían casado estando embarazadas, y “C.R.S.”, una joven que se describió como “[u]na compañera más”, envió una carta agradeciendo el carácter educativo de la revista y demandando más información respecto al sexo y los ciclos menstruales: “Si me llega lo menstruación todos los días 19 de cada mes, ¿hasta qué día puedo tener relaciones sin quedar embarazada?”. Los encargados de la sección le dieron una documentada respuesta a CRS, pero le aconsejaron no fiarse del método del calendario, recomendándole en cambio visitar a “un médico para que él recomiende las píldoras más adecuadas”.⁸⁰

⁷⁹ Sobre el amor como motivo para casarse, véase Armand Mattelart y Michèle Mattelart, *La juventud chilena*, pp. 330-334. Sobre la iniciación sexual, los métodos anticonceptivos y la revolución sexual en Chile, véase Luis Felipe Caneo, “Rescate de las memorias colectivas de las beneficiarias en torno a las políticas de planificación familiar en Chile”, Tesis de Licenciatura (Universidad Alberto Hurtado, 2013); Jadwiga E. Pieper Mooney, *The Politics of Motherhood: Maternity and Women's Rights in Twentieth-Century Chile* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2009); y Daniela Serra, “Vírgenes a media”. Investigación de alta calidad sobre estos asuntos ha sido desarrollada en Argentina. Véase, por ejemplo, Isabella Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010); y Karina Felitti, *La revolución de la píldora. Sexualidad y política en los sesenta* (Buenos Aires, Edhasa, 2012).

⁸⁰ *Ramona*, “Abortos, ‘períodos de seguridad’ y otras yerbas”, N° 62, Santiago, 2 de enero de 1973, p. 39.

La mayoría de los artículos en los que *Ramona* discutió el asunto del sexo incluyen información sobre contracepción. De hecho, una de las contribuciones concretas y más relevantes de la revista a la revolución sexual de los jóvenes comunistas fue un reportaje, publicado a lo largo de cinco números, provocativamente titulado “Cómo pololear sin tener hijos”. Publicado entre abril y mayo de 1973, los artículos dedicaron entre tres y cuatro páginas a discutir diferentes métodos anticonceptivos, comenzando por la píldora y terminando por el condón y otros métodos para varones.⁸¹

Para los jóvenes comunistas de la época, el asunto del sexo prematrimonial estaba a veces vinculado a discusiones filosóficas sobre la institución misma del matrimonio. Sirva de ejemplo el intercambio epistolar de una pareja de jóvenes de Valparaíso, publicado en diversos números de *Ramona*. Patty, de 19 años, y Juan Eduardo, de 20 años, enviaron varias cartas a “Pregunte no más” pidiendo consejos y discutiendo públicamente su relación, en las que, entre otras cosas, abordaron el asunto del sexo y del matrimonio. La pareja no había tenido sexo todavía. Como explicó Patty en su primera carta, ella no quería tener relaciones sexuales porque Juan Eduardo estaba abierta y decididamente en contra del matrimonio como institución. Además, el hecho de que este la hubiera engañado con otra mujer, con la cual parece haber tenido sexo (“al parecer sostenía relaciones con ella”), le hacía dudar de la pureza de sus sentimientos y de su rectitud como persona, y le había llevado a terminar la relación, al menos por un tiempo.⁸² Juan Eduardo expuso su caso en una carta posterior, en respuesta a la de Patty. Allí, utilizando una retórica leguleya, explicó por qué se oponía a la ley del matrimonio civil:

“Tratándose de 2 jóvenes que dicen amarse por siempre (a pesar de cualquier engaño de ambas partes) no existe duda de que una “Ley” estaría de más para unirlos en un encuentro “sexual”.

⁸¹ Ver los artículos de *Ramona*, “Hoy día le toca a la píldora”, N° 75, Santiago, 3 de abril de 1973, pp. 14-17; “Hoy día le toca a los DIU”, N° 76, Santiago, 10 de abril de 1973, pp. 14-17; “Hoy día le toca a los métodos tradicionales”, N° 77, Santiago, 17 de abril de 1973, pp. 14-17; “Hoy les toca a los métodos para hombres”, N° 78, Santiago, 24 de abril de 1973, pp. 14-17 y “Hoy día le toca a: lo bueno y lo malo de los diferentes métodos anticonceptivos”, N° 79, Santiago, 1 de mayo de 1973, pp. 11-13.

⁸² *Ramona*, “Un caso de confianza”, N° 27, Santiago, 2 de mayo de 1972, pp. 38-39.

Considero que el Registro Civil es un distorsionamiento al verdadero interés que debe existir en la mujer, el cual estaría sujeto solo a un gran amor y muy profundo.

Solo debe predominar el amor “antes del compromiso adquirido”, es decir, solo el verdadero amor. Creo que no debe existir un compromiso por leyes”.⁸³

Si bien no sabemos si o cuándo tuvieron sexo, sí sabemos que la pareja siguió discutiendo el asunto del matrimonio por un tiempo. Un año después del intercambio inicial, Patty envió una segunda carta, en la que contaba que Juan Eduardo se había marchado a la Unión Soviética, razón por la cual ella había decidido terminar de nuevo la relación. Juan Eduardo le había pedido que volvieran a ser pololos, a lo que ella se había negado, “pero no porque haya dejado de amarlo y quererlo sino porque pensé en dos factores: la distancia y porque pensamos muy distinto acerca del matrimonio”.⁸⁴

La actitud de las JJCC hacia el matrimonio era ambivalente, pero la solución consensuada y promovida por la organización era adaptar la institución a los nuevos tiempos, no rechazarla de manera tajante. *Ramona*, por ejemplo, publicó reportajes proponiendo una concepción más moderna del matrimonio, que presuponía mejor comunicación, mayor independencia y una distribución más igualitaria de las tareas y responsabilidades conyugales. Uno de estos reportajes se centró en la peculiar figura de Loreto Sierralta, una joven Oficial del Registro Civil y “feminista a toda prueba”, que, valga la paradoja, no depositaba mucha confianza en la institución (“No estoy de acuerdo con el matrimonio porque al basarse en un contrato se institucionaliza y se prostituye”), pero que, en su calidad de Oficial Civil, se esforzaba por modernizar y hacer comprensible el lenguaje formalista del acto de celebración del matrimonio.⁸⁵ En otro reportaje, titulado “¿Vale la pena casarse?”, la revista introdujo la noción del matrimonio como un “contrato abierto”, en contraposición al matrimonio como un “contrato cerrado, represivo y lleno de prejuicios”. Esta concepción

⁸³ *Ramona*, “Las confianzas de J”, N° 32, Santiago, 6 de junio de 1972, p. 39.

⁸⁴ *Ramona*, “El caso de ‘J’ y Patty: tercer round”, N° 71, Santiago, 6 de marzo de 1973, p. 34.

⁸⁵ *Ramona*, “¿Casarme yo? . . ¡Nunca!”, N° 86, Santiago, 19 de junio de 1973, pp. 22-25.

del matrimonio, que la revista aseguraba era respaldada por “varios psicólogos y sociólogos contemporáneos”, se basaba en los siguientes principios: mayor libertad e independencia individual; apertura y comunicación con el otro; confianza mutua; y “roles flexibles”, entendiendo por esto que “la mujer y el hombre se repartirán las tareas y responsabilidades comunes, conforme a sus inclinaciones y posibilidades, sin hacer caso del que dirán”.⁸⁶

Ahora bien, no debemos asignarles excesiva relevancia a estos consejos y modelos desperdigados en un puñado de reportajes periodísticos. La idea de un “contrato abierto” y de “roles flexibles” tuvieron una influencia limitada en la vida de las jóvenes parejas a las que se dirigía la revista. Para estas parejas, el aspecto más influyente de la noción del amor entre camaradas propugnada por la organización fue la estimulación incesante del activismo político y la justificación ideológica de dicho activismo. El llamado a sacrificarse por la causa condicionó no solo las biografías de los jóvenes militantes, sino también las de sus parejas, que muchas veces debieron tolerar ausencias y descuidos. La misma revista nos da pistas de ello. Alicia, una mujer de 22 años casada con un joven cuadro comunista de Concepción, con el que tenía dos hijos, ventiló sus frustraciones en “Pregunte no más”. En su carta, se describió como “simpatizante de las juventudes comunistas”, pero argumentó que la militancia de su marido había terminado por hacer la relación prácticamente insostenible: “Él es jotoso dirigente de aquí de Concepción, ha ido a congresos, seminarios, reuniones, etc., y yo, su mujercita e hijitas hemos quedado de lado, de primera no me oponía que tuviera sus ideas, pero él se preocupa más de la jota, el PC, que de su hogar”. La ausencia del marido había aumentado a medida que este asumía más compromisos, y la pareja había tenido una brutal discusión cuando esta se había enterado de que él debía abandonar y radicarse en el extranjero por motivos políticos. “Aquí está el problema que tengo, ya que él no para en casa, yo estoy siempre sola, primero eran días, después semanas, ahora meses, porque actualmente se encuentra en el extranjero por un año”.⁸⁷

⁸⁶ *Ramona*, “¿Vale la pena casarse?”, N° 64, Santiago, 16 de enero de 1973, pp. 14-19.

⁸⁷ *Ramona*, “La política y el amor”, N° 81, Santiago, 15 de mayo de 1973, p. 35.

No obstante la retórica partidaria del amor entre camaradas y los llamados de *Ramona* a distribuirse más equitativamente las tareas domésticas, los jóvenes comunistas tenían sus propias visiones y expectativas en torno a la vida familiar, que respondían a biografías específicas y a un contexto social patriarcal. “Zarzal”, un hombre de 21 años, casado hace un año y ocho meses, “con un adelanto de la cigüeña”, se quejó en “Pregunte no más” de su esposa, la cual, dijo en su carta, no le demostraba suficiente cariño (“me veo en la obligación de masturbarme para no acudir a otra mujer”) y no cumplía satisfactoriamente con los quehaceres domésticos (“como será que si he almorzado desde que estoy casado, ha sido a las 4 P. M. y no exagero, amigos”). La relación matrimonial de esta joven pareja nunca había sido buena, pero había empeorado desde que él había ingresado a las JJCC. “Llevo seis meses [militando], y dos ocupando un cargo de dirección de mi comité local. Debido a las tareas que me han encomendado, dejo de lado mi hogar por 2 o 3 horas diarias, pero no por eso me despreocupo de él. Ahora mi esposa se queja de que la tengo abandonada y su indiferencia aumentó a tanto, que me niega las relaciones sexuales”.⁸⁸

Si bien Zarzal había dejado de militar durante un tiempo, intentado complacer a su esposa, había otros jóvenes comunistas que no estaban dispuestos a abandonar la militancia. Algunos creían que sus cónyuges no tenían derecho a intervenir en estos asuntos, pues consideraban que participar en política era una de sus prerrogativas. Las memorias de Humberto Arcos, un comunista de extracción obrera, que tuvo su primer hijo con Isolina Vera, una joven comunista con la que nunca se casó, y que después se emparejó y formó familia con Estela Canales, una mujer que no tenía militancia política, son bastante elocuentes. En primer lugar, Arcos es explícito respecto a los beneficios que le reportaba una relación como la que tuvo con Vera, una mujer mayor que él, económicamente autosuficiente, que nunca le planteó la idea de casarse o vivir juntos: “Para mí esta relación sin ataduras, sin poner ninguna traba a mis actividades en

⁸⁸ *Ramona*, “Indiferencia con matrimonio, guagua y política”, N° 87, Santiago, 26 de junio de 1973, pp. 34-35.

la Juventud [Comunista], que eran el centro de mi vida, me parecía perfecta”.⁸⁹

En segundo lugar, Arcos discute en diversos pasajes de sus memorias sus desavenencias y conflictos conyugales con Canales, pero sin demostrar mayor sentimiento de culpa o remordimiento. La primera gran pelea tuvo lugar a mediados de la década de 1960, cuando Arcos era ya miembro del Comité Central de las JJCC –lo que implicaba un mayor nivel de compromiso– y la pareja tenía dos hijos. Ella se quejó de que él gastaba buena parte de su salario en sus viajes y actividades políticas y sindicales, y que no le dedicaba el tiempo suficiente a la familia por preocuparse de estos asuntos. “Pero –apunta Arcos en sus memorias– la actividad política y sindical siempre había sido lo central en mi vida y nunca se lo había ocultado, jamás le había prometido dejar esas actividades para dedicarme a la familia... Así que le planteé separarnos... Hizo un escándalo. Después vino la reconciliación, pero a partir de entonces nos fuimos distanciando afectivamente (a pesar de que legalmente seguimos casados hasta el día de hoy y de que tuvimos tres hijos varones más). Yo no fui capaz de darle lo que ella esperaba ni ella de comprender lo que esperaba yo”.⁹⁰

Conclusión

Este capítulo ha examinado la rica vida social y la intensa vida afectiva de los militantes de las JJCC en los sesenta. Esta fue una época de indudable politización de la juventud chilena, una época durante la cual un número no menor de jóvenes se acercaron y reconocieron filas en los partidos y movimientos de izquierda. Como he intentado mostrar a lo largo de este capítulo, el sorprendente poder de atracción de organizaciones como las JJCC no puede comprenderse adecuadamente de no prestársele atención a las relaciones y emociones de los jóvenes que se sintieron interpelados por estas organizaciones de izquierda. Jóvenes de diferentes contextos sociales entraron en contacto con

⁸⁹ Humberto Arcos, *Autobiografía de un viejo comunista chileno. (Una historia “no oficial” pero verdadera)* (Santiago, LOM, 2013), p. 29.

⁹⁰ Humberto Arcos, *Autobiografía de un viejo comunista chileno*, p. 44.

militantes comunistas, que los estimularon a comprometerse políticamente, y una vez dentro de las JJCC forjaron poderosos vínculos afectivos, que los llevaron a desarrollar sentimientos de pertenencia y una identidad que era a la vez personal y colectiva. La atracción sexual, el romance amoroso y las relaciones de pareja también jugaron un rol en atraer a ciertos jóvenes a las filas del comunismo y, en algunas ocasiones, en fortalecer el compromiso político de aquellos que pertenecían a las JJCC.

Mi intención al enfocarme en estos asuntos no ha sido, sin embargo, pintar un cuadro acrítico o demasiado complaciente de la militancia comunista en los sesenta. El sentido de comunidad que he documentado en este capítulo no solo se veía reforzado por lazos de camaradería y afecto entre los miembros de la organización, sino también por cierta desconfianza hacia terceros. El sectarismo, por utilizar una palabra cara al comunismo, sin duda condicionó las relaciones de amistad y de pareja de los jóvenes comunistas, y hay evidencia que sugiere que algunos de ellos se sintieron no solo juzgados sino también rechazados al emparejarse con hombres o mujeres que militaban en otras organizaciones políticas. Uno podría incluso argumentar que el énfasis de las JJCC en el amor entre camaradas, y el aumento en el número de romances y matrimonios entre jóvenes comunistas, contribuyó a reforzar la polarización que terminó desgarrando a la sociedad chilena.